



A

C. 1168542  
L. 134523



11/5

11/10





POEMAS DE HUMILDAD  
Y DE ENSUEÑO





ANTONIO ZOZAYA

*Poemas de humildad  
y de ensueño*

Un hombre equilibrado aspirará  
siempre a sentir, pensar y querer  
mejor que el vulgo, es decir a ser  
poeta, filósofo y hombre de bien.



**BIBLIOTECA STUDIUM**

*VALLADOLID*  
*B. de Ferrari, 4 & 6*



*HABANA*  
*Neptuno, 35 & 37*

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Establecimiento tipográfico de la Viuda de Montero

R.101694

OBRAS DE  
ANTONIO ZOZAYA

*La crisis religiosa* (Biblioteca Económica Filosófica).

*La contradicción política* (Biblioteca Económica Filosófica).

*Miscelánea literaria* (Magdalena, 9. Madrid).

*Instantáneas* («Colección Diamante». Barcelona).

*Ripios clásicos* (Fernando Fé).

*De carne y hueso* («Colección Diamante». Barcelona).

*Crónicas del año uno* (Magdalena, 9).

*Crónicas del año dos* (Magdalena, 9).

*Misterio*. Tríptico. (Sociedad de Autores).

*Cuando los hijos lloran* (Sociedad de Autores).

*El huerto de Epícteto* (Sempere).

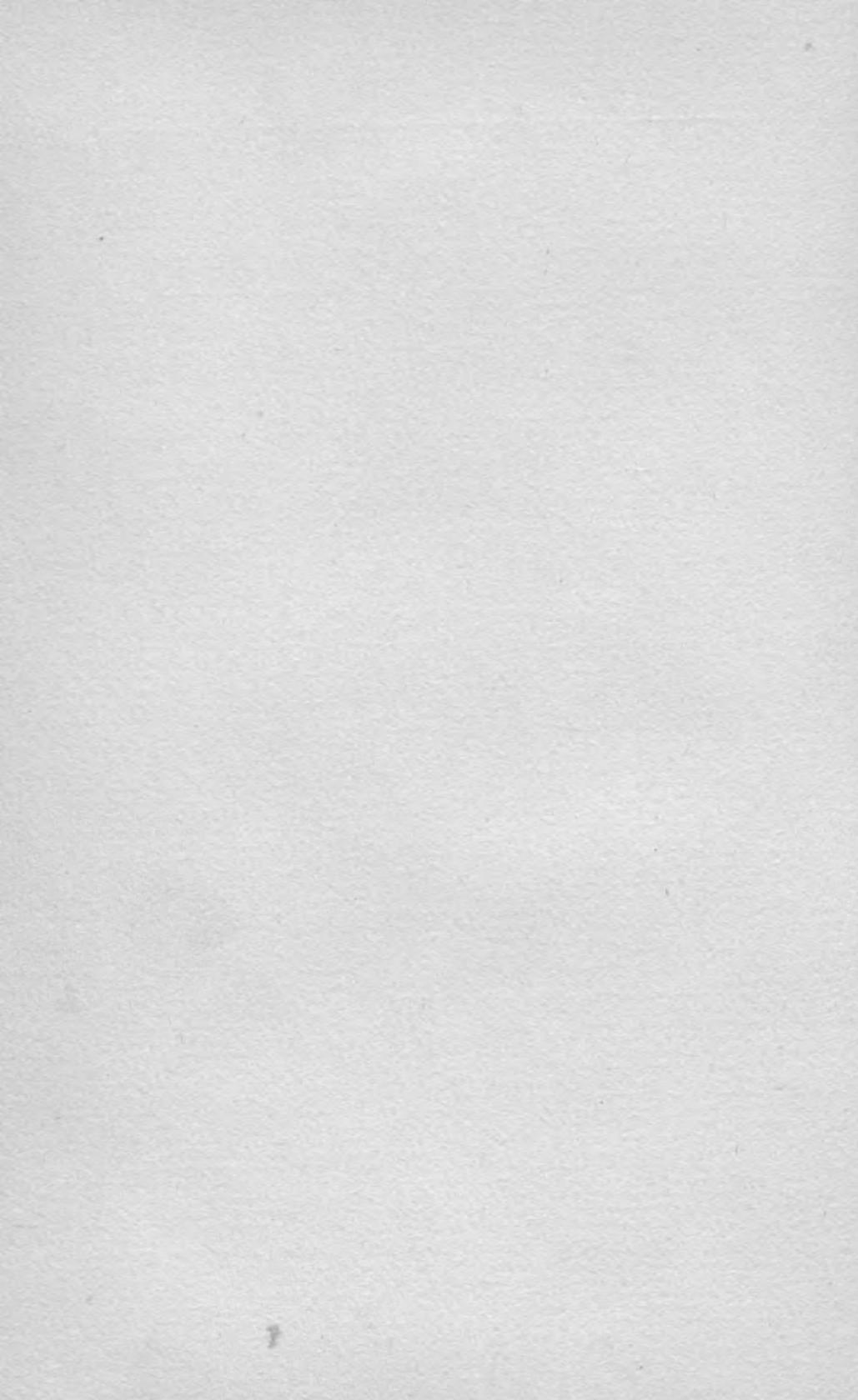
*El libro del saber doliente* (Sempere).

*Por los cáuces serenos* (Sempere).

*La Dictadora* (Henrich y Comp. Barcelona).

*La maldita culpa*. Novela. («El Cuento Semanal»).

*Poemas de humildad y de ensueño* (Biblioteca Studium).



Al maestro de la literatura diaria  
Don Miguel Moya.

Homenaje de cariño y admiración.



# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Preludio. . . . .	1
La caja de caramelos. . . . .	9
Nido de urraca. . . . .	21
La escuela fría. . . . .	29
El desposorio. . . . .	41
La Midineta. . . . .	49
Mi celda. . . . .	61
Mal de muchas. . . . .	69
El patriota. . . . .	79
La riada. . . . .	85
Skating garden. . . . .	91
Dignas pesadumbres. . . . .	99
La hija del marmolista. . . . .	107
La de siempre. . . . .	123
Omnipotente. . . . .	129
Marinas. . . . .	133
Cuando la noche viene. . . . .	139
Maleficio. . . . .	143
Nieve. . . . .	147
Las campanas. . . . .	155
Querella de novios. . . . .	161

Invocación. . . . .	165
A la de toda la vida. . . . .	171
Delincuentes. . . . .	177
¡Privilegiado! . . . . .	187
La ciudad amable.. . . .	197
De ausencia. . . . .	203
El breviario.. . . .	211
Sombras.. . . .	219

PRELUDIO



## PRELUDIO

Soy poeta; lo sé; me lo ha afirmado  
un eco no escuchado,  
voz que finge quizá la mente inquieta.  
Reid de mi locura; lo tolero;  
más, pese al mundo entero,  
traigo el soplo de Dios y soy poeta.

En la callada noche, cuando a solas,  
en tormentosas olas  
mi alma genial la inspiración recibe,  
al fulgor de una luz que me deslumbra,  
lo que será se alumbra,  
fulge lo que es y lo que fué revive.

Modular en la noche sé el acento  
que el apacible viento  
deja en la copa del ciprés sombrío;  
la monótona al par que triste nota  
que, en su canturía ignota  
lleva en sus ondas murmurando el río.

Toma a mi voz que el universo mueve  
la sombra su relieve,  
la luz el esplendor que la rodea  
y adquieren a su mágico conjuro  
fijeza lo inseguro,  
la palabra vigor, forma la idea.

Yo tengo los acordes misteriosos,  
los ecos rumorosos,  
la inspiración y el arte que redime;  
tengo el estro, la nota, la armonía,  
la vaga melodía  
que en la lira del vate canta y gime.

Bardo celta, me diera su corona  
la Armórica bretona  
que al triunfador con muérdago señala  
y alzando su segur, áurea y divina,  
robárale a la encina  
sus hojas para mi la virgen gala.

En la ágora ateniense, allá en las piedras  
del Leocorión, sus hiedras,  
cifrándome, cantara los destinos  
de aquel pueblo de ninfas y silvanos,  
de dioses casi humanos,  
que tuvo hombres al par casi divinos.

Junto al carro del César implacable,  
llevando miserable,  
férreo collar o pámpanos y vides,  
cantara a la legión dominadora  
o a la Ciudad señora  
justiciera en la paz, fuerte en las lides.

Juglar o trovador, junto al rastrillo,  
buscara del caudillo  
la protección y el láuro lisonjero  
y, al pie de la enredada celosía,  
quizá morir sabría  
con la fé y el valor del caballero.

Y, henchido de entusiasmo, con la frente  
llena de fuego hirviente,  
con el ansia sublime del poeta,  
en Maguncia el Progreso cantaríá,  
en Fez la Tiranía,  
la Fé en Letrán, la Libertad en Creta.

¡Ah! ¿Por qué cuando sé que en mí germina  
esa ansia, que divina  
eleva mi razón y mi memoria,  
el mundo en derredor se empequeñece  
y en él desaparece  
Dios, patria, amor, virtud, honor y gloria?

¿Dónde está el ideal? ¿Por qué ese cielo  
no guarda tras su velo  
sino el horror inmenso del vacío?

¿Por qué es la Ciencia ya palabra hueca  
y el hombre deja seca  
la fuente en que bebió, mordaz y frío?

¿Por qué, cuando a cantar comienza el labio  
se siente el hondo agravio  
de una crítica vil, de honor desnuda?

¿Por qué, cuando por fin el estro asoma,  
la patria se desploma,  
la fé se va y el pensamiento duda?

¿Qué horrible ceguedad así nos pierde?

¿Qué culpa nos remuerde?

¿Qué terrible pasión al mundo agita?

¡Un ideal! El hombre que lloraba,  
ayer le conservaba

¿Qué has hecho de él, Jerusalem maldita? »

. . . . .

Dije y enmudecí; sobre la frente

cayeron lentamente

los años con su afán, abrumadores,  
y mientras que en silencio envejecía,  
en derredor se oía

la prodigiosa voz de otros cantores.

Por su estéril soberbia aniquilada,  
mi inspiración menguada  
frustrábase en un páramo maldito  
sin ver que pasan dichas e inquietudes,  
pueblos y excelsitudes  
y el genio, como Dios, es infinito.

Que, si en el horizonte se borraron  
glorias que deslumbraron  
con su grandeza, sólida o fingida,  
queda en el universo, de luz plena,  
la comprensión serena  
del ritmo cadencioso de la vida.

¡Oh glorias de lo humilde y lo pequeño,  
grandezas del ensueño,  
heroísmos sin nombre y sin corona,  
latidos que no dais rumor ni ruido,  
castillo derruído  
que en muda soledad se desmorona!

Sois la vida que pasa y se renueva  
que en sí el Principio lleva,  
y en vosotros los vates adivinan  
templos de idealidad que se desconchan  
y flores que se tronchan  
y tallos perfumados que se inclinan.

Perdido ya el orgullo de mi mismo  
y enfrente del abismo  
que ha de absorber mi espíritu en su seno,  
mi canto es humildad y es penitencia  
y es grito de conciencia  
y amor a lo que es puro y lo que es bueno.

Voz de sinceridad, eco doliente  
de la afligida gente,  
noble tiene que ser de cualquier modo  
encadenar a su inflexión espera  
la musa verdadera  
que debe amar y lo perdona todo.



LA CAJA DE CAMELOS





## LA CAJA DE CAMELOS

La historia que deciros me ha encomendado su autor, en que es muy cierta tenaz se empeña, porque ocurrió en el mundo de lo soñado y sólo es verdadero lo que se sueña.

Fué la protagonista de ojos gentiles una linda muchacha de quince abriles. ¿Se llamaba María? ¿Laura? ¿Enriqueta? El autor lo ha olvidado. ¡Lástima ha sido! ¡Bah! ¿Qué importan el nombre y el apellido? A esa edad una niña siempre es Julieta.

Era tan santa,  
que subían los rezos a su garganta  
como a los nidos  
suben los aleteos estremecidos.

Inquieta y desvelada por cualquier cosa,  
era, como andaluza, superticiosa,

y abriendo con espanto sus ojos bellos,  
creía en torvos duendes de negras alas,  
que venían de noche, cuando eran malas,  
a tirar a las niñas de los cabellos.

Hacia el bien siempre quiso guiar su marcha,  
y una noche que el cierzo sembró de escarcha  
el césped y el estanque cubrió de hielos,  
temiendo que muriera de pulmonía,  
cogiendo al pajarillo que más quería,  
lo guardó en una caja de caramelos.

Y con espanto,  
sintiendo en sus pupilas brotar el llanto,  
viendo muerto al jilguero por la mañana,  
supo por vez primera su alma cristiana  
que es bueno ser piadosa; ¡pero no tanto!

El balcón de Julieta daba a un plantío  
lleno de cuantas frondas tiene el estío,  
de cuantas flores pinta la primavera  
e ilusiones azules la edad primera.

Y allí, bajo la copa de los almendros,  
cruzando por el aire, pleno de aromas,  
bajaban las bandadas de las palomas  
a los prados cercados de rododendros.

Jardín el más hermoso de los jardines,  
con viveros de rosas y de jazmines,

y que tiene, cercada de margaritas,  
una fuente que evoca tiernas plegarias,  
de esas que, rumorosas y solitarias,  
recuerdan a los viejos glorias marchitas.

Una noche, Julieta, mirando al cielo,  
veía entre las nubes rodar la luna  
y al espacio insondable tendiendo el vuelo,  
soñaba en los azares de la fortuna.

Como sabemos  
que vemos en el cielo lo que queremos,  
creyó ver de las nubes en las madejas,  
un mancebo de largas, rubias guedejas,  
que, el espacio con paso gentil hollando,  
la cítara cruzada sobre la espalda,  
la punta de sus dedos iba besando,  
para arrojar los besos sobre su falda.

Y fué en este momento cuando a la altura  
se elevaron acordes en la espesura.

Una nota tan tierna como un lamento  
llegó hasta los oídos rasgando el viento.

Quebró el silencio angusto la melodía  
de una romanza  
melancólica y triste, que parecía  
la queja de una pena sin esperanza.

¡Música prodigiosa! Julieta, oyendo del violín las notas, se fué adurmiendo en nostálgico ensueño de algo bendito; que, cuando le da el genio su voz sublime, un violín es un alma que canta o gime y su eco un llamamiento de lo infinito.

En la armónica caja vibra encerrada la palabra que al hombre formó del lodo; un sabio me lo ha dicho, que sabe todo, y que, por consiguiente, no sabe nada.

A la luz de la luna, débil e incierta, de la verja florida junto a la puerta, vió al músico la niña, rígido y mudo, y sintió en su garganta formarse un nudo.

Era un niño como ella; cabellos de oro hasta su hombro bajaban flotando al viento; su pie estaba descalzo y el instrumento oprimía en sus manos como un tesoro.

Le arrojó una moneda, que el buscó en vano durante largo tiempo; la halló y su mano se alzó en señal de gracias. La niña luego, de su temor ingénuo rompiendo el dique:  
—¿Cómo te llamas?—dijo.—Me llamo Enrique.  
—¿Por qué buscas a tientas?—Porque soy ciego

¡Ciego! Pero en las sombras de lo creado  
al alma se alumbraba sin duda alguna.

¡También el pobre niño desamparado  
veía en los espacios rodar la luna!

Y Julieta, suspensa, bajó la frente  
y lloró la desdicha del inocente;  
porque ignoraba,  
alejada del mundo, como aún estaba,  
que el ciego ve las cosas como cualquiera  
cuando a lo noble y bello rinde tributo.

Pero cerrar los ojos a lo Absoluto...  
¡Eso es andar a tientas y eso es ceguera!

—¿Volverás esta noche?—Vendré mañana.  
—No vayas a engañarme.—Te hablo de veras.  
—¿Traerás el instrumento?—De buena gana.  
—¿Tocarás melodías?—¡Las que tú quieras!  
Y él marchó silencioso por el sendero  
y ella quedó un momento tras los cristales,  
contemplando la gracia del caballero  
y aspirando el perfume de los rosales.

Y luego, ya acostada, dijo sus rezos;  
sintió llegar el sueño; dió dos bostezos,  
y, cerrando sus ojos limpios y hermosos,  
como un ángel, Julieta quedó dormida  
para soñar ingénua con otra vida  
en que todos los niños eran dichosos.

Una, diez, veinte veces volvió el artista  
a demostrar sus dotes de concertista,  
y, largamente,  
los niños departieron de cosas bellas,  
mientras allá, en los cielos, sobre su frente,  
daba vuelta el enigma de las estrellas.

El trabajaba mucho; pero, algún día,  
dueño de los secretos de la armonía,  
ganaría riquezas gallardamente;  
caerían los laureles sobre su frente  
y el universo entero lo aclamaría.

Para ello no pedía sino enseñanza,  
protección y cariño; pero, en probanza  
de gratitud, daría gloria y honores  
a los que fueron antes sus protectores.

Y una vez que la dicha fuera cumplida,  
buscaría a la musa que le dió aliento  
para echar a sus plantas gloria y contento  
y adorarla de hinojos toda su vida.

Así los desgraciados soñando vienen,  
en todas las comarcas, tiempo infinito;  
ellos hacen castillos; son de granito;  
si luego se desploman, ¿qué culpa tienen?

Y el tiempo fué pasando libre de angustias;  
llegó el otoño frío con sus ultrajes

y fueron, poco a poco de los ramajes  
cayendo amarillentas las hojas mustias,

El cielo, antes sereno, se hizo plomizo,  
y, al beso de los cierzos, aniquiladas,  
las últimas gardenias fueron tronchadas,  
azotado su cáliz por el granizo.

Y como sin la dicha que nos consuela,  
la pasión más ardiente también se hiela,  
una noche de nieblas y de aguacero  
temblaron los dos niños de susto y frío,  
ella bajo las galas de su atavío  
y él bajo sus andrajos de pordiosero.

Todo tiene un otoño que punza y hiere;  
todo pasa, se agosta, se inclina y muere.

• Tristeza, agotamiento son nuestros lotes,  
y así perdidas,  
unas vidas se acaban para otras vidas  
y unos brotes se secan, para otros brotes.

Resguardada en su lecho del cierzo rudo,  
aquella misma noche, triste, Julieta  
se preguntó cien veces, febril e inquieta,  
a donde iría el niño, solo y desnudo.

Y aún no sabía  
que el niño, en sus ensueños de poesía

y de gloria en sus ansias y afán vehemente,  
daría tembloroso diente con diente,  
porque, pese al Parnaso, la gloria es fría.

Desencajada y mustia, por la mañana,  
la actitud adoptando de una espartana,  
decidió ser piadosa de cualquier modo  
y por el bien ajeno, perderlo todo.

Seria y austera,  
fué a buscar a su padre; y el padre que era  
un carácter que siempre bebió en su copa,  
de los que el bien practican a quemarropa,  
frunció el ceño, cual padre que se halla en vilo;  
lanzó sobre Julieta su reprimenda  
y dispuso que el bardo de la leyenda,  
aquella misma noche, fuera a un asilo.

¡Pobre Enrique! Ignorando penas tan hondas  
acudió como siempre, bajo las frondas.  
Nunca jamás oyeron las espesuras  
notas tan inspiradas, frases tan puras;  
nunca su arco, de modo tan firme y vario,  
arrancó al instrumento sus armonías,  
que eran himnos y quejas y melodías  
y esperanzas y anhelos de visionario.

Con sorpresa y espanto se halló aprehendido  
por dos hombres; su ruego fué desoído;

y al contemplar sus glorias vueltas mancillas,  
el violín soltando que le quitaban,  
pensando que la gloria le arrebatan  
dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Julieta, desde lejos, vió la refriega;  
midió las consecuencias de su pecado  
y escuchó la protesta del desdichado  
que, vuelto hacia el palacio, le dijo:—¡Ciega!

Y luego, temerosa de que los cielos  
apagarán para ella su eterno brillo,  
se acordó de la muerte del pajarillo  
encerrado en la caja de caramelos.





NIDO DE LIRRACA



## NIDO DE URRACA

**L**a estancia es solitaria; venid y no hagais ruido;  
rezando su plegaria, la abuela se ha dormido  
y con las manos juntas, parece aún implorar.  
Orna el cabello blanco sus pálidas mejillas;  
su aliento es leve y franco; seguidme de puntillas  
y no me hagais preguntas, que puede despertar.

La espalda macilenta, sobre el sillón de cuero,  
respira y rima lenta con el compás austero  
de la pausada péndola de isócrono vaivén.  
En el respaldo mudo del mueble viejo y noble,  
sobre tallado escudo, dos águilas de roble,  
sus alas ofreciéndola, la sirven de sostén.

Callad y en las alfombras no hagais rumor alguno;  
como discretas sombras, pasemos uno a uno;  
alza los cortinajes sin que nos pueda oír.  
Sobre la falda lleva sin acabar sus blondas;  
que ni aun el viento mueva con sus ligeras ondas;  
los nítidos encajes que no ha de concluir.

Mirad: allá en lo obscuro la luz es casi agónica; sobre el tablero duro de traza salomónica, tesoro de leyendas, abierto está el arcón. Su herraje con extrañas huellas la edad corroe; trascienden sus entrañas a sándalo y alóe y a místicas ofrendas de consagrada unción.

Es todo bien oliente y, al par, adusto y sério; se baña en un ambiente de paz y de misterio, de calma silenciosa, de noble majestad. ¿Qué tiene allí la anciana? ¿Qué guarda allí la abuela? ¿Qué busca cuando, afana, registra y se desvela, palpando temblorosa con tácita ansiedad?

Hay que acercarse al mueble y escudriñar su fondo, alzar la tapa endeble que oculta lo más hondo. ¿Os atreveis? ¿De veras? Pues ¡a una, a dos, a tres!... ¡Silencio que despierta! Más no: sigue dormida, de vaga luz cubierta su frente dolorida soñando con quimeras que nos dirá después.

Valor: nadie nos mira... ¿Qué es esta cosa blanda? De encajes una tira y un cobertor de Holanda; a el lado de la izquierda dos velos y un dedal. Dejad los envoltorios. Aquí hay un acerico bordado en abalorios; ¡qué olor tiene tan rico! No sé por qué recuerda la celda conventual.

Aquí hay unos retales y un marco de topacios  
con dobles iniciales y unos cabellos lácios;  
aquí el devocionario ¡qué usada está la piel!  
En paño de escarlata mirad un Crucifijo;  
es de ébano y de plata; y allá en un escondrijo,  
guardado está el rosario; ¡cuánto rezó con él!

Una cajita rosa y azul ¿qué tendrá dentro?  
¡Qué cosa más preciosa! ¡qué delicioso encuentro!  
Un aderezo de oro... ¡Dios santo, qué fulgor!  
Todo él solo contiene diamantes y amatistas  
¡Qué hermosas luces tiene! ¡Qué brillo en sus aristas!  
¡Parece del tesoro de Hasam o de Almanzor!

Allá en sus mocedades, la abuela lo pondría  
con mil preciosidades de raso y pedrería  
sobre su cuerpo grácil cual tallo de rosal  
y, con su andar de antílope y su aire de sultana,  
sobre el tapiz de egilope cruzando soberana,  
tendría imperio fácil en una corte real.

De aquello ya no hay nada. ¿Será todo mentira?  
Miradla que encorvada; mirad como suspira  
y el amarillo paño que pasa por su tez.  
Aquel azul encanto con nieblas se ha deshecho,  
el tiempo corre tanto y el mundo es tan estrecho  
que en él no hay más que engaño, miseria y pequeñez.

Papeles... un legajo y una incolora cinta  
atándole hay debajo. ¡Qué parda está la tinta!  
En el papel los bordes royendo el tiempo va.  
Son cartas que en lejanos solaces se escribieron  
por ignoradas manos, que en el papel vertieron  
de amor y dicha acordes, que son enigmas ya.

Vayamos de ella lejos sin profanar su encanto.  
En los papeles viejos hay algo sacrosanto,  
grandezas siempre ignotas cerradas a la luz,  
magnificencias huecas, glorias que son angustias,  
como las hojas secas, como las flores místicas,  
como las aras rotas, como el altar sin cruz.

Pero es hermoso a veces saber su fin postrero.  
La cinta en sus dobleces conserva aun un letrero  
escrito sobre el raso, que dice: «Cartas de él».  
¿Quién a acertar penetra si es de pesar un grito?  
¿De quién será esa letra? ¿Será del abuelito?  
¿Quién sabe? Por si acaso, besemos el papel.

Y ahora, dejadlo todo; no alceis rumor alguno;  
del más discreto modo, salgamos uno a uno.  
La abuela duerme y sueña. ¡Qué hermoso es el soñar!  
Orna el cabello blanco sus pálidas mejillas;  
su aliento es leve y franco; salgamos de puntillas;  
no hagais la menor seña, que puede despertar.

Mañana, solitaria, si el mal no la desvela,  
rezando su plegaria, se dormirá la abuela,  
soñando que es divina, que es joven y es hurf.  
La estancia está desierta; nada se vé en la sombra.  
Salid por esta puerta; pisad quedo en la alfombra;  
bajad esa cortina con cuidadito... ¡Así!





LA ESCUELA FRÍA





## LA ESCUELA FRÍA

**E**s Lilla del Monte pueblo de cabreros  
que tiene una fuente de aguas minerales  
y a donde, en invierno, desde los oteros  
bajan las raposas hasta los corrales.

Forman diez familias todo el vecindario,  
y entre las malezas, viejo y solitario,  
duerme el caserío  
rezándole a un Cristo de ceño sombrío,  
rogándole en vano piedad que no llega,  
labrando sin fruto la mísera vega,  
temblando de abulia, de pena y de frío.

Del último pino, cayó el recio fuste;  
toda aparcería quedó sin ajuste;  
los montes cercanos trocáronse en cotos,  
y la guardería, cerrando los sotos  
para evitar daños,  
sin pasto ni holgura dejó a los rebaños.

Deshizo el pedrisco  
desmedradas mieses de la ruín cosecha,  
y la grey cabría, doliente y maltrecha,  
apenas si puede salir del aprisco.

Pero cuando negro cierra el horizonte  
y nada se alcanza que consuelo envíe,  
algo hay bullicioso y algo que sonrío  
dentro de las nieblas de Lilla del Monte.

La escuela: muy pulcra, cerca de un sendero  
que huele a romero,  
a espliego, a tomillo y a flores silvestres,  
alza en las campestres  
lomas sus paredes blancas como armiño,  
sus huecos pintados con arte y cariño,  
su cerca de piedras y zarzas espesas,  
que marcan de un huerto los amplios confines,  
en que hay en verano cardos y jazmines,  
y hay en primavera coles y frambuesas.

Escuela, vivienda, refugio y santuario,  
fué don voluntario  
de un indiano rico, que murió de pena  
viendo el imposible de la dicha ajena,  
y que presenciando piadoso y clemente

la horrible miseria, llorosa y paciente  
de los campesinos sin luz ni esperanza,  
quiso prodigarles libros y enseñanza  
para que supieran que Dios lo consiente.

La escuela es humilde, pero tiene espacio;  
casi es un palacio  
para los chiquillos que allí se congregan,  
escriben y juegan;  
tiene una salita para el refrigerio,  
pupitres y lienzos con esmero escritos;  
tiene un mapamundi que vale un imperio,  
pero, sobre todo, tiene a don Santitos.

Goza don Santitos gracia a su albedrío  
y así a los chiquillos trae embelesados;  
les da como premio piñones mondados  
y les hace mapas con juncos del río.

Los niños absortos sus frases esperan,  
y hablando de hazañas que producen susto,  
les cuenta las glorias de Ciro y de Augusto,  
y les dice luego:—«¡Qué bárbaros eran!»

La moral enseña, de la vida templo,  
dándoles ejemplo;  
pide a la conducta sus más nobles trazos,  
pero a la alegría no se muestra esquivo;

dice al más pequeño que hay que ser activo,  
y cuando se duerme le arrulla en sus brazos.

Y mientras les habla de todas las cosas,  
juega con los niños con calma bendita,  
traduce a Virgilio y hace de mulita;  
cuenta decimales y deshoja rosas.

Solo en este mundo cual gérmen perdido  
hizo de la escuela su hogar y su nido  
y puso en los niños cariño tan fuerte  
que le daba enojos a la misma muerte;  
tanto, que una tarde que contó afligido  
las penas que horrendas las ánimas pasan  
y como se abrasan  
en el fuego ustorio  
a que su pecado mortal les arroja,  
porque una pequeña lloró de congoja,  
suprimió de golpe todo el purgatorio.

Y es porque creía  
que el buen Dios, que todos los males consuela,  
si viera el apuro de la pequeñuela,  
sin más expediente lo suprimiría.

Si os burlais, confieso  
que no sé contaros cosas tan sencillas;

quitar a los hombres penas y mancillas...  
no le deis más vueltas, que la Ciencia es eso.

¿Quién le hubiera dicho que, en plazo cercano  
iba a perder junto todo el paraíso?

Pero Dios lo quiso,

porque, en los misterios del destino humano,  
se van los Edenes que nos satisfacen  
y son paraísos porque se deshacen.

Fué crudo el invierno;

a casas y haciendas llegó el desgobierno;

perdióse la siembra de los pegujales,

vendióse del monte la última parcela

y un mal que no pudo curar la cautela

dobló las cervices de los recentales.

Y un día, la aldea juntada en comicio,

decidió, siguiendo de un rábula el juicio,

al llegar de Octubre los idus primeros,

emigrar en masa de la tierra impía,

llevando en la marcha, fatal y sombría,

ajuar y herramientas, ganados y aperos.

Absorto el maestro supo el desatino;

la viril protesta subió a su garganta

y por vez primera, de cólera santa

tembló su cabeza, blanca como el lino.

¿Quién llevó a sus mentes concepción tan burda?

¿Quién pudo inspirarles acción tan absurda?

La patria es primero que el oro y la vida;

¡Ay del que la deja cuando está oprimida!

No iría con ellos dejando su hijuela

y, cuando se fueran por el horizonte,

él se quedaría dentro de la escuela,

el honor guardando de Lilla del Monte.

Y, airado y convulso,

de ideas austeras en un noble impulso,

sacó la bandera santa que cubría

sus amados libros de Pedagogía.

Pero ellos, rendidos de la lucha fiera,

querían salvarse ya de cualquier modo.

Es para los buenos santa una bandera,

pero es necesario que lo cubra todo.

Llegó el triste día de horror y de luto.

Con grave silencio y orden absoluto

se hicieron envases, hatos y mochilas

y, en cerradas filas,

al campo salieron los tristes villanos;

juntando sus manos,

el éxodo amargo con pena lloraban

lo mismo que el pueblo de los Macabeos,

mientras que los niños, que todo ignoraban,  
el aire alegraban con sus palmoteos.

¡Los niños!... Al verlos, pálido de angustia,  
su cabeza mustia  
bajó el pedagogo; su vida eran ellos;  
se alisó aturdido los blancos cabellos;  
luego fué a los niños rubios y rosados  
les dió con sus besos la mitad del alma  
y, como en los días de plácida calma,  
les fué repartiendo piñones mondados.

Inmóvil, sintiendo sopor inconsciente,  
nublada la vista, turbada la frente,  
vió que se marchaban; oyó sus gemidos,  
miró sus saludos, percibió los ruidos  
de hombres y animales en confusa tropa  
y, apurando lenta del dolor la copa,  
les vió cabizbajos seguir la vertiente.  
Ya la caravana lejos del sendero  
fué tan pequeñita como un hormiguero;  
luego solo un punto... Todo se acababa;  
una brisa fría su sien azotaba;  
quedó todo en calma grave y soñadora.  
Moría la tarde, tendida en la hora  
de las oraciones, que nadie tocaba.

Volvió hacia la escuela con marcha insegura;  
cerró pensativo tras de sí la puerta.  
¡Cómo sintió el miedo de la estancia oscura!  
¡Qué triste era el aula, que sola y que yerta!  
Vió de los pupitres la armazón extraña;  
quiso de las sombras penetrar la entraña;  
pretendió los muros registrar en vano;  
de sus energías vió el gasto infecundo  
y, sobre la esfera poniendo su mano,  
dijo con desprecio:—«¡Qué chico es el mundo!»  
y luego, rendido por esfuerzo tanto,  
por su tez curtida deslizóse ardiente  
una gota amarga de sincero llanto  
que se fué extendiendo por el continente.

Desde aquella fecha, todas las mañanas,  
como si cumpliera venerandos ritos,  
abriendo a la aurora puertas y ventanas,  
puntual a sus clases era D. Santitos.  
Soñando piadoso con la patulea,  
a la que esperaba junto a los dinteles,  
preparaba el fuego de la chimenea  
y la renovaba plumas y papeles.  
Estaba seguro de que, cerca o lejos,  
sus amados niños no le olvidarían;  
tal vez recordaban sus sanos consejos;

eran cariñosos: ellos volverían.  
Y así se pasaban días y semanas  
recordando tiempos que fueron felices  
pidiendo en las pobres aldeas cercanas,  
comiendo tan solo frutas y raíces.  
Y, si algunas veces se escuchaba el ruido  
con que los pinzones en las ramas juegan,  
prestando el anciano sutil el oído,  
decía con ansia:—«¡Son ellos que llegan!»

Un tétrico día de frío y de nieve  
en que toda senda perdió su relieve  
y en que, condenado por penuria al robo,  
hasta las cabañas bajó hambriento el lobo,  
D. Santos, herido por mano invisible,  
vió, en indescriptible  
torbellino raudo, girar de los muros  
los vagos contornos; sintió un dolor fuerte  
y vió que, escuchando sus altos conjuros,  
fría y bienhechora, llegaba la muerte.  
Sintió en sus entrañas hondo regocijo;  
dirigió a los niños su frase postrera;  
fué buscando a tientas; besó un Crucifijo  
y cayó por siempre junto a la bandera.





EL DESPOSORIO



# EL DESPOSORIO

GARCI-LOPE DEL PULGAR

No sé porque ley cruel  
No que pasión infernal,  
tenía el angel aquel  
para mi forma sensual.

Mostrábase en su mirada,  
ya penetrante, ya incierta,  
la cándida llamarada  
de la aurora que despierta.

Y mostrábanse en sus ojos  
y entre sus labios bermejos,  
de la juventud antojos  
y la pura infancia dejos.

Cuando ella me comtemplaba  
con rubor, honesta y muda  
yo, torpe, la imaginaba  
completamente desnuda.

Su cabellera esplendente  
me figuré veces mil  
cayendo en aúreo torrente  
sobre un torso de marfil.

La tapaba lujuriosa  
de sus encajes la espuma  
como a una Vénus radiosa  
que entre las nieblas se esfuma.

Y aquella pasión nefasta  
que fué siempre mi tormento,  
al besar su frente casta,  
la abrasaba con mi aliento.

La miraba mi cariño  
cegado por densa venda  
como en sueños mira el niño  
de los ángeles la ofrenda.

Más, de su virtud seguro,  
sufría cada vez más;  
porque aquel amor impuro  
era amor de Satanás.

De horrible lascivia ciego,  
verla un día me juré

como vió el tribunal griego  
la hermosura de Friné;

como si, al esclavizarla  
para saciar mi furor,  
pudiera nunca arrancarla  
la envoltura del pudor.

Un día llegué a su puerta  
siempre discurriendo así;  
pero, al encontrarla abierta,  
sin querer me estremecí.

Nada allí anunciaba luto,  
ni una lágrima, ni un grito;  
solo el silencio absoluto  
del desconsuelo infinito.

Aquel recuerdo me espanta.  
Mi amigo más verdadero  
se colgó de mi garganta  
como un náufrago a un madero.

—¿Y tu hija? Loco de horror  
pude al cabo balbucir.  
Pero él, ébrio de dolor,  
dijo:—Acaba de morir.

¡Ven: solo estoy; no me dejes  
con estas ansias salvajes.  
Hoy tu solo me proteges  
y quiero que la amortajes!

Aterrado y confundido  
no supe encontrar disculpa  
y quedé como el bandido  
muerto por su propia culpa.

Entramos: luz indecisa  
de fulgor débil e incierto,  
arrojaba a la cornisa  
la sombra del cuerpo muerto.

La miré: su rigidez  
me hirió como una centella  
y fué tal mi palidez  
que debió eclipsar la de ella.

—¡Vámos! Loco de dolor  
dijo el padre en tono rudo  
y, arrancando el cobertor  
presentó el cuerpo desnudo.

¡Ay: fué el dolor tan punzante  
y la conmoción tan fuerte,

que estoy desde aquel instante  
desposado con la muerte!

Su beldad rígida y fría  
miraba por vez primera  
y así, se me aparecía  
como una Vénus de cera.

Mostraban aquella vez  
en inolvidable unión,  
la línea su esplendidez  
y el color su repulsión.

Creyó ver mi mente insana  
aquel pecho soberano  
como la fruta temprana  
mordida por el gusano.

Y haciendo el alma pedazos,  
cuando despuntaba el día,  
casto la estreché en mis brazos  
como un demente: era mía.

¡Mía! las penas no pasan  
ni pueden tener consuelo;  
aun parece que me abrasan  
aquellos labios de hielo.

Aun contemplo los despojos  
de su mano, ebúrnea y fina  
y llevo sobre mis ojos  
su mirada cristalina.

¡Mfa! Casto la abracé  
y con mi ser se fundió  
y solo su imagen fué  
lo que a la tierra volvió.

En mí llevo a mi adorada  
después del rudo combate.  
Pulsad mi mano: está helada.  
Tocad mi pecho: no late.

Tal relato al escuchar  
podreis al fin comprender  
porqué no puedo pensar  
más en ninguna mujer.



LA MIDINETE



## LA MIDINETA

**P**orque en la casa todo eran duelos  
y hacía falta media peseta,  
antes que verla pasar desvelos,  
la colocaron de *midineta*.

¡Oh contratiempos y desengaños  
de los diez años!

Crece el progreso todos los días,  
nuevos esfuerzos son oportunos  
y así el trabajo les llega a algunos  
antes que lleguen las energías.

Tuvo una falda con velloríes,  
un par flamante de borceguíes,  
una toquilla de lana usada  
y una gran caja, bien charolada,  
de pino y roble,  
con su correa fina y luciente,  
donde, tocando tambor batiente,  
daban los chicos fiero redoble;  
y meditando que esto, al fin, era

lo que a los suyos les convenía,  
comenzó humilde nuestra Lucía  
sus excursiones de recadera.

De la gran villa por los confines,  
fué meditando cosas devotas,  
como un modelo de serafines  
que ya tuviera las alas rotas.  
Todo era darle sanos consejos:  
—¡No te entretengas con niñerías!  
—¡No pierdas algo! —¡No vayas lejos!  
—¡Ten gran cuidado con los tranvías!  
Ella, en el acto,  
todo lo hacía de un modo exacto  
y así, evitando quejas y riñas,  
pensaba, su alma dando en rehenes,  
que es necesario que anden las niñas  
para que ganen los almacenes.

En su gran caja de novedades  
preciosidades  
llevaba siempre que eran su encanto  
y que cuidaba con mimo tanto  
como una maga sus amuletos;  
bellos objetos  
incomparables de fantasía,

resplandeciente bisutería,  
exuberantes plumas rizadas,  
broches de esmaltes y lentejuelas,  
aplicaciones y bagatelas,  
encajes hechos por manos de hadas;  
frivolidades maravillosas,  
joyas fulgentes, grandes y chicas,  
de las que compran las madres ricas  
para las niñas que son dichosas.

Limpia su caja con fiel esmero,  
y a sus quehaceres hallando espacio,  
en busca un día llegó a un palacio  
de una gran pluma para un sombrero.  
Era de mármol el peristilo;  
de noble estilo  
las escaleras con sus alfombras;  
y, a medias sombras,  
régias estancias de alto decoro,  
próceres cuadros de marco de oro,  
ámplicas vitrinas con varillajes,  
piedras y encajes,  
salas con plantas y cortinones  
y veladores de melaquita,  
llenas de estátuas y de jarrones,  
como en los cuentos de la abuelita.

Sola esperando, llena de susto,  
sintió un silencio ritual y augusto.  
Luego, una puerta se abrió cercana  
y una señora muy altanera  
le dió una pluma de garza indiana;  
¡Madre del alma: que hermosa era!  
Magna, purpúrea, rizada, suave,  
de azul tenía lindos destellos;  
¡Que bien haría, tendida y grave  
en la lujuria, de unos cabellos!  
Sobre un sombrero de alas gallardas  
diérale a un busto dignos resaltes,  
como a las nobles damas bastardas  
de las pinturas de los esmaltes.  
Guardó la joya; pensó en su oficio  
y, cual un niño que se atolondra,  
las escaleras del edificio  
bajó saltando como una alondra.

¡Oh ciudad loca, que hermosa eres!  
¡Que irisaciones finges tan varias  
cuando proyectas tus luminarias  
sobre las galas de tus mujeres!  
Ya de las luces prendió el cintillo  
y a las miradas escrutadoras  
las subyugaba radiante el brillo

de las bellezas deslumbradoras.

La niña, obsesa,  
del hormiguero fué pronto presa.  
Solo miraba ya las divinas  
preciosidades de las vitrinas.  
Eran primero sedas y blondas,  
sueños de magnas excelsitudes,  
mares de tules, en cuyas ondas  
han zozobrado tantas virtudes.  
Eran, más lejos, las nunca vistas  
piedras de encanto: las amatistas  
y las turquesas y los rubíes  
anaranjados y carmesíes,  
las esmeraldas cuadrangulares  
junto a las perlas de fino oriente  
y los brillantes, que en los collares,  
se desbordaban como un torrente.

Por fin la linda juguetería.  
¡Virgen del Cármen! ¡Cuanta monada!  
¡Un universo de brujería!  
¡Cuanta lindeza desparramada!  
Casas de campo con embalaje,  
claros estanques con barquichuelos,  
las cocinitas con su menaje...  
¡Y que muñecas, Dios de los cielos!

Una, entre todas, fué su delicia.  
¡Cuanta caricia  
ella le haría, si suya fuera!  
frente de cera,  
ojos enormes, labios preciosos  
y sus zapatos tan primorosos,  
su parisiense  
traje de moda, liliputiense,  
de gracia suma;  
su fino guante  
y su sombrilla tan elegante  
y su sombrero de airosa pluma...

Súbitamente, la *midineta*,  
ante la pluma que contemplaba,  
se acordó inquieta  
de la amazona que ella llevaba.  
Miró en la caja... ¡La halló vacía!  
¡Ay madre mía!  
Buscó en el suelo... ¡Trance más duro!  
Sintió en su frente frios sudores.  
Nada: no estaba. ¡Vaya un apuro!  
¡Ay Virgen santa de los Dolores!  
Y la muñeca seguía en frente  
tan impasible... ¡tan insolente!  
Y, al fin, Lucía, sin más cachaza,

prorrumpió en llanto, triste, afligido,  
igual que llora toda una raza  
ante las ruinas de un templo hundido.

Como la niña sollozó tanto  
y en esta vida pasa hasta el llanto,  
ya resignada como un estóico,  
tuvo un arranque digno y heróico.  
Pronto hablaría con la señora  
y, si la pluma no parecía,  
ella era honrada, trabajadora...  
Con su trabajo la pagaría.  
Y así, despacio,  
como quien teme furias ajenas,  
con su cajita llena de penas  
la *midineta* volvió al palacio.

Es Doña Eufemia Ruiz de Aldasoro  
dama de alcurnia y alto linaje,  
que todo afecto juzga desdoro  
y el matrimonio diputa ultraje,  
Tiene dos canes y cinco gatos  
a los que obsequia con bartolillos;  
pasa en la iglesia muy largos ratos  
y hace primores con los bolillos.  
Siempre a la higiene vive sujeta;

no tiene afanes, penas, ni holgorios  
y, cuando salga de este planeta,  
lo hará con todos los requilorios.  
Y así la noble doncella hidalga  
irá a la gloria maravillosa,  
donde no se hace nada que valga  
para maldita de Dios la cosa.

Oyó a la niña con displicencia,  
escuchó erguida sus gimoteos  
y, sin ninguna benevolencia,  
censuró adusta sus correteos.  
Pagar la pluma... ¡Que disparate!  
fuera preciso vivir cien años.  
Más de cien duros... ¡Vaya un dislate!  
¡En una niña tantos engaños!  
Ya lo sabía:  
la misma joya volver debía  
si hallar quería los cepos quedos;  
pero mucho antes que en sus enredos  
tomara parte la policía.  
Y, discurriendo que con su calma  
salvaba un alma,  
quedó pensando con amargura  
que tiene el crimen génius precoces,  
que van los tiempos harto veloces  
y que este mundo no tiene cura.

Salió la niña ya inconsolable.  
¡Ay que tristeza ser tan culpable!  
Sin ver, esquiva, su pesadumbre,  
giraba en torno la muchedumbre.  
Cual Lady Macbhet, miró sus manos;  
¡Y aun le faltaba, de angustia llena,  
ver a su madre y a sus hermanos  
avergonzados llorar de pena!  
No sufriría vergüenza y tédio;  
todo en la muerte tiene remedio.  
De un automóvil miró las luces;  
en el arroyo se halló de un salto;  
sobre su rostro se hizo tres cruces  
y se echó a plomo sobre el asfalto.

. . . . .

Cuando la niña desventurada  
tornó a la vida, quedó asombrada.  
Se halló en las haldas de una señora  
en una estancia fascinadora.  
Maga de ensueño, gracia inefable  
daba a sus ojos luz indecisa;  
nada tan dulce ni tan afable  
como el encanto de su sonrisa.  
Era la dueña del automóvil  
quien, viendo inmóvil

su cuerpo débil, de paz avaro,  
compadecida le prestó amparo.  
De sus pesares pidió noticias  
y, mientras tanto  
que los contaba bañada en llanto,  
le prodigaba tiernas caricias.

Luego que supo la historia entera,  
puso en sus manos una cartera  
y, al despedirla con embeleso,  
dijo a la niña dándola un beso:  
—¡Quieran los cielos que el don que te hago  
sea la base de tu fortuna!  
Sé siempre buena, del bien en pago,  
pero no pierdas cosa ninguna,  
y, al ver preguntas en su mirada,  
le dijo luego de afable modo:  
—¡Soy una pobre desventurada  
que, en este mundo, lo perdió todo!



MI CELDA



# MI CELDA

## I

### Los muros

Por mostrar la constancia sobrehumana  
con que la gloria perseguí algún día,  
puse en el muro de mi celda umbría  
un ramo de laurel con cintas grana.

Una cruz y una espada toledana,  
que en su hoja lleva una inscripción sombría,  
demuestran la virtud de mi hidalguía  
y la fé de mi estirpe castellana.

Bajo limpio cristal, de mancha ileso,  
de mi nobleza está la ejecutoria  
y, abajo, en un cintil de nácar preso,

un retrato, de amor prenda pretoria,  
de una mujer que se llevó en un beso  
fé, constancia, virtud, nobleza y gloria.

## II

## Los muebles

Una mesa de roble, que sufrida,  
vió llorar mi pobreza y aislamiento;  
un renegrido escaño, que fué asiento  
de una trémula anciana dolorida;

un arca, que conserva carcomida  
reliquias en su seno polvoriento  
y dos viejos estantes, aposento  
de todos los engaños de la vida.

Tal es mi ajuar pobrísimo; y entiendo  
que no me ha de hacer otro falta alguna  
pues que, para vivir monarca siendo,

a mi espíritu basta, por fortuna,  
el sillón conventual, en donde emprendo  
mis viajes a los valles de la luna.

## III

## Los libros

Alineados, de roble en los estantes,  
mis libros, cual legión de mesnaderos,  
adustos me recuerdan y severos  
grandezas y saber que fueron antes.

Conservo en los infolios, deslumbrantes  
hazañas de famosos caballeros,  
sentencias de filósofos austeros,  
frases de amor y dichos de bergantes.

Y, apartado del fárrago infinito,  
en un rincón que a meditar convida  
y por su noble obscuridad bendito,

he colocado mi obra más querida  
que se llama *La dicha de la vida*  
y en cuyas hojas, ¡ay! no hay nada escrito.

## IV

## Los bustos

Mostrando su calvicie franca y ruda  
y su nariz redonda que olfatea,  
Sócrates inmortal busca la idea  
que ha de mostrar la idealidad desnuda.

Con rostro que la cólera demuda,  
su crítica alza Kant en la asamblea;  
Bacon de su experiencia gallardea;  
el de Aquino de fé; Descartes duda.

Pálido inclina el sabio estagirita  
su amarillenta faz de hipocondriaco  
y entre Plinio y Dionisio areopagita

irguiendo con desden su busto flaco,  
sobre la sábia pléyade erudita  
alza Iñigo su gesto de bellaco.

## V

**Las armas**

Tengo un pesado alfange, que fué ariete  
en la brava y feraz tierra andaluza  
y un mandoble que, en récia escaramuza,  
en las Navas hendió más de un almete.

Incrustado en marfil, tengo un mosquete  
que dispersó en Ostende a la gentuza  
y un corvo yagatán, que sirvió a Muza  
cuando fiñó de sangre el Guadalete.

Tengo un puñal de cincelada plata  
que dió una dogaresa a un caballero  
y, cuando la iracundía me arrebató,

una pluma gentil tengo de acero,  
que es el arma terrible con que hiero  
y es el dardo bruñido que me mata.



MAL DE MUCHAS



## MAL DE MUCHAS

**S**i a la gloria del pensar mi afan me lanza,  
En mi libro primordial dejaré escrito  
que es, a veces, la esperanza  
una celda en la prisión de lo infinito.  
¿Lo dudais? Pues prueba tiene  
en la historia de mi Irene,  
que, al sufrir de las desdichas el asedio,  
firme siempre la esperanza en cuanto existe,  
evocando la alegría se hizo triste  
y, esperando en el amor, murió de tédio.

¡Oh que ingénua sencillez la de las almas  
que se inclinan a la luz como las palmas  
y se mecen con ingénita armonía  
saludando del amor la Epifanía!  
Son espíritus que cándidos se ofrecen  
y al contacto de un suspiro se estremecen  
como lirios que en el borde del camino,

en las lindes de los pálidos trigales,  
ignorando su destino,  
se columpian en las tardes otoñales.

Y era así: como las santas bizantinas  
que, impasibles en sus blancas hornacinas,  
jamás pueden sentir odios,  
como son las adorables heroínas  
de los dramas que no tienen episodios;  
y por eso, como todas las mujeres,  
que no encuentran un amor como el primero,  
cuando Pablo preguntó febril: —¿Me quieres?  
con ingénua castidad, dijo: — ¡Te quiero!

Y el idilio comenzó de los amores,  
con las ansias invencibles y secretas  
que, desde hace muchos siglos soñadores,  
les transmiten las abuelas a las nietas;  
y el ensueño de las horas encantadas  
y el dulzor de las querellas sin enojos,  
en el éxtasis azul de las miradas  
que penetran hasta el fondo de los ojos;  
y el afán de las preguntas más extrañas  
y el ardor con que, exaltando el embeleso,  
de la tierra prendió el fuego en las entrañas  
el espasmo temblador del primer beso.

¡Qué dichosa que sería sí una nube  
no velara sus ensueños de querube!  
Pero Pablo, al fin, debía  
con sudor ganar el pan de cada día.  
¡Oh, precepto sin aroma  
que en un libro de judíos es axioma!  
¡Que a una cándida ilusión destruya aleve  
de unos discos el relieve!

Las carrozas más gloriosas y más santas  
se detienen en su marcha prodigiosa  
cuando tocan con sus llantas  
los guijarros de la prosa.

A luchar se marchó Pablo; pero dijo:  
—Volveré en un plazo fijo,  
cuando gane alguna «plaza» y ya contento  
asegure de por vida tu sustento,  
porque, ya lo ves —decía—  
¡los hogares cuestan caros, vida mía!  
y ella supo lo que el tedio nos embarga  
de la vida al conocer la prosa amarga.

Hace el nido placentero  
con vedijas y con briznas el jilguero,  
con el limo abrasador la golondrina  
y con ramas la oropéndola divina;  
¡sólo el hombre lo fabrica con dinero!

Y pasaron las semanas y los meses,  
y llegaron los reveses  
que pusieron los proyectos más lejanos.  
¡Oh, recintos castellanos,  
casi siempre abandonados y medrosos!  
¡Cuántos duelos silenciosos,  
cuántos rezos y plegarias  
no registran vuestras piedras milenarias;  
cuanta yerta y dolorosa pesadumbre  
no se alberga en vuestras plazas solitarias,  
denegrada de los siglos por la herrumbre!  
¡Cómo, en ellas, de las ráfagas crueles  
y heladoras del revuelto torbellino  
con la arena hace girar rotos papeles  
que truncaron en el polvo su destino!  
¡Cómo suenan en las tardes otoñales  
las esquilas de las torres conventuales!  
¡Oh, ciudades de misterio,  
con que el tiempo se desliza adusto y serio  
y la vida patriarcal parece un rito,  
donde en cada corazón calla un salterio  
y se siente la atracción de lo infinito!

Conoceis el sufrimiento de los seres  
y sabéis, por amarguísima experiencia,  
los secretos insondables de la ciencia  
de las cosas que se callan las mujeres.

Y así otro año transcurrió; y ella esperando,  
su salud fué marchitando;  
y las cartas tan ardientes  
fueron siendo cada vez menos frecuentes.  
Ella, sola en el balcón, calenturienta,  
de las tardes a la luz amarillenta,  
trabajaba por surtir la casa-cuna  
de envoltorios, con primor llenos de lazos,  
por las pobres que tenían la fortuna  
de mirar un pequeñuelo entre sus brazos.

Y otra vez Pablo avisó nueva derrota  
y a otra lucha más remota  
dedicó con entusiasmo sus desvelos.

Y llegó otro nuevo invierno con sus hielos  
y pasó otra primavera con sus flores.

De sus padres, que ignoraban sus dolores,  
escuchaba las preguntas de paz llenas  
que indagaban el motivo de sus penas;  
y, llorosa, con el rostro compungido,  
—¡Es que he visto — les decía—  
el dolor y la agonía  
de una alondra, que murió sin tener nido!

Entre tanto, la fortuna  
era adversa a su pasión, sin duda alguna,  
pues que Pablo, con su musa poco diestra,

era siempre derrotado en la palestra.  
¡Qué gran daño tantos jueces inhumanos  
hacen, con su labor yerma,  
a una juventud que enferma  
resolviendo los problemas cartesianos!  
¡Oh, qué gran desesperanza abrumadora,  
qué desilusión llegaba  
para Irene, que pensaba  
que el amor tan sólo es bueno cuando ignora!

Discurrió, como quien ver la verdad quiere,  
que el amor, cuando calcula, mata o muere.

Y, llorando la injusticia de los hados,  
se quejó, a su rigor nada sumisa,  
de la ciencia que es precisa  
para andar con los zapatos remendados.

Entretanto que pasaban las semanas  
llenas de promesas vanas,  
la infeliz permanecía en su mutismo,  
caminando en su prisión con pasos quedos,  
contemplando de los cielos el abismo  
y lustrando su rosario con los dedos;  
pero, como nada agota  
cual la espera de una dicha, que es ignota,  
ya postrada por la fiebre, tuvo nuevas  
de su amante, quien, tras tantos desengaños,

esperaba sufrir pruebas  
decisivas al pasar dos o tres años,  
y alcanzar, si su labor era bastante  
en la lid extraordinaria,  
una plaza de ayudante  
de no sé qué cosa absurda y mercenaria.

Mas fué tarde, porque enferma de un mal grave,  
cuya causa no se sabe,  
recordando sin cesar promesa tanta,  
nuestra Irene se murió como una santa;  
y aún es fama que, horas antes, ya convulso  
su cerebro y de la muerte con conciencia,  
en el lecho redactó con débil pulso  
una carta que empezaba:—«Ten paciencia...»

Si alguien llora ante el horror de tanto duelo,  
sepa, para su consuelo,  
que, al morir la pobre Irene  
en el cielo su ilusión verá cumplida,  
recordando desde allí que Pablo tiene  
la esperanza de la plaza consabida.





EL PATRIOTA



## EL PATRIOTA

**L**a jornada ha sido buena  
con los viles foragidos;  
los unos huyen vencidos,  
los otros muerden la arena.

Y la tarde al declinar  
entre púrpura y carmín,  
llama la voz del clarín  
al Regimiento a formar.

Ante los héroes altivos  
montado en corcél piafante,  
el coronel arrogante  
se alza sobre los estribos.

—¡Muchachos! —dice— Otra vez  
vuestra ha sido la victoria;  
disteis a la Patria gloria  
y a la bandera honra y prez.

¡La Patria! Cuanto se quiere  
tiene en ella asunto y clave;  
quien no la tiene no sabe  
por qué se nace y se muere.

Tierra, idioma religión  
resúmen de cuanto eleva,  
todo soldado la lleva  
dentro de su corazón.

Ella es canto en la espesura,  
sobre las aguas murmullo  
y junto a la cuna arrullo  
y rezo en la sepultura.

A todos en general  
os doy pláceme sincero:  
pero hay alguien de quien quiero  
hacer mención especial.

Con el llanto en las pupilas  
y en el traje el desaliño,  
un muchacho, casi un niño,  
ayer llegó a nuestras filas.

Nos miró con interés  
y, del patriotismo en alas,

nos pidió pólvora y balas,  
como el niño polonés.

No sabemos quien era  
ni él nos ha dicho su nombre;  
pero hoy mostró que es un hombre  
defendiendo la bandera.

Viendo a la muerte en acecho  
supo el laúro conquistar  
y, por eso, he de colgar  
una cruz sobre su pecho,

¡Honor al jóven valiente  
que así su deber acata!  
¡Tú, chico; el de la alpargata;  
a ver: tres pasos al frente!

La patria quiere premiar  
tu proceder noble y fiel.

¿Cual es tu nombre?

—Ismael.

—¿Donde has nacido?

—En el mar.

—¡En el mar! No te rebaje  
lo que no implica mancilla.

Cada mar tiene su orilla,  
cada patria su oleaje.

Héroe que muestra tu brio  
de un continente es fortuna.  
¿Cual es tu patria?

—Ninguna.

—¿Que eres entonces?

—Judío.



LA RIADA



## LA RIADA

Ya cede el puente al impulso del río;  
toda la aldea a sus márgenes vá.

Rompe en doliente clamor el gentío.

Mira el celaje, qué pardo y sombrío;

¡mira la vega que lástima da!

Lleva entre el cieno la brava corriente  
ropas, ajuares y troncos en pié,  
trozos de altar en que oraba el creyente...  
Todo lo lleva hacia el mar. ¡Pobre gente,  
triste, sin pan, sin hogar y sin fé!

Algo en la sombra se acerca que flota,  
ved: navegando cual nunca se vió,  
bajo la lluvia que airada le azota,  
lanza su irónica y lugúbre nota  
el tamboril de la vega de Ascó.

¿No os acordais? En las fiestas mayores  
todos vosotros lo oisteis sonar,  
acompañando entre juncias y flores

las tiernas estrofas de castos amores,  
los cantos jocundos del viejo solar.

Siempre al clamor respondió de la tierra  
pobre y sedienta de libre quietud.

Cuando asoló nuestros campos la guerra,  
subrayó el himno que el cántico encierra  
que rompe los hierros de la esclavitud.

Todo aquello es un sueño lejano;  
ya su gloria en el tiempo pasó;  
y ahora, vedle, sin rumbo cercano,  
flota callado en las aguas del llano  
el tamboril de la vega de Ascó.

¿Que fué del payés arrogante y bravo  
que supo pulsarle del sol a la luz  
con juvenil y marcial poderío?  
Acaso le cubren las aguas del río,  
vidriados los ojos, los brazos en cruz.

¿Que se hicieron las danzas y rondas,  
risas, besos, suspiros de afán?  
¿Donde fueron las núbiles blondas?  
¿Donde están espesuras y frondas?  
Sus rumores de amor ¿donde están?

Sin lanzar una queja ni un grito,  
todo cuanto ha pensado y sintió,  
respondiendo a un mandato no escrito,  
camina hacia un mar de horizonte infinito,  
como el tamboril de la vega de Ascó.

Cuanto complace, conforta y recrea,  
cuanto en la vida nos trae honra y prez,  
aquello que el alma con ansia desea,  
por sinos y azares lo trae la marea,  
y un récio reflujo lo lleva otra vez.

Quienes el culto guardais de lo noble,  
los que impacientes soñais con amar  
y os coronais con las hojas del roble,  
de cien alboradas oireis el redoble,  
risueñas y alegres como un despertar.

Pero vosotros que andais tropezando,  
aquellos cuya alma la pena agostó,  
los que de amor desertasteis el bando,  
despedios por siempre llorando  
del tamboril de la vega de Ascó.





SKATING GARDEN



## SKATING GARDEN

**E**ra el alba. El viento leve  
se quebraba en los ramajes  
y, prestándoles relieve,  
se extendía en sus encajes  
y sus festones la nieve.

La luz con sus amalgamas  
en hojas tallos y gramas  
disipaba las finieblas  
e iban colgando las nieblas  
sus jirones en las ramas.

Solamente a los oídos  
llegaban algunos ecos  
débiles y doloridos  
de pájaros ateridos  
entre los ramajes secos.

Y ante aquella luz incierta,  
con sus galas mal cubierta  
la Naturaleza muda  
mostrábase hermosa y yerta  
como una Vénus desnuda.

Lancé un suspiro y, después,  
proseguí mi incierta marcha  
del bosque helado al través,  
sintiendo bajo mis pies  
ceder la crujiente escarcha.

Y oyendo en los surtidores  
las aguas murmuradoras,  
caminé entre mustias flores,  
recordando otros rumores  
y evocando otras auroras.

De pronto, entre las umbrías  
del bosque, bruscamente,  
eco de cien alegrías,  
senti estallar un torrente  
de acordadas armonías.

Al son de brillante orquesta,  
en un pabellón dispuesta,

la juventud sobre el lago,  
presa de delirio vago,  
celebraba hermosa fiesta.

Cual bandada colosal  
de aturdidos ruisseñores,  
sobre el helado cristal,  
vagaba la original  
turba de patinadores.

Cien hermosas contemplaban  
a sus amantes rendidos  
y al par que se deslizaban  
frases de amor resbalaban  
en sus cándidos oídos.

¡Oh afan de la edad primera!  
¡Oh amor, eterna inquietud!  
Nadie allí pensar pudiera  
que el hielo no se fundiera  
bajo tanta juventud.

Mirando la poesía  
de sus trasportes fecundos,  
sentí que en mi renacía  
esa secreta energía  
que hace moverse a los mundos.

Recordé con hondo afán  
días que no volverán  
en que patiné también,  
llevando una vez y cien  
sobre mi frente un volcán.

Y, creyendo hallar consuelo  
a mis penas un instante  
bajo aquel nuboso cielo,  
calcé el acero cortante  
y me lancé sobre el hielo.

¡Oh pesar! Como quien sabe  
que ya todo le es hostil,  
pronto, arrepentido y grave,  
hallé el cielo menos suave  
y el ambiente más sutil.

Sin fuerzas y sin vigor,  
pronto, bañado en sudor,  
me hallé del lago en el medio,  
mirando con pena y tedio  
las gentes alrededor.

Mirando a los más cercanos,  
vi que entre aquellos testigos

de tantos esfuerzos vanos  
no se hallaban mis hermanos  
ni aun estaban mis amigos.

¿Que se hizo la que juraba  
amarme y, cortando el viento,  
en mis brazos se apoyaba?  
¿Dónde estaba mi contento?  
Mi juventud ¿dónde estaba?

Extraña a mi corazón  
era aquella turba bella;  
era otra su diversión  
y hasta la música aquella  
tocaba distinto son.

Y, sintiendo la rudeza  
de aquel grande desconsuelo,  
comprendi sin extrañeza  
que era para mi tristeza  
lo menos helado el suelo.

—Pasarán —dije— los días  
y, del alba a los fulgores,  
el lago en sus ondas frías  
tendrá nuevas armonías  
y nuevos patinadores.

Pero nunca podrá ser  
el pasado rehacer,  
porque es locura evocar  
dichas que no han de tornar,  
glorias que no han de volver.

Y, en tanto que así pensaba,  
sus acordes terminaba  
la música bulliciosa,  
mientras que, alegre y ansiosa  
la juventud me cercaba.

Entonces, un no se qué  
me dijo: —¿Que haces aquí,  
fantasma de lo que fué?  
Los patines me quité  
y, avergonzado, salí.



DIGNAS PESADUMBRES



## DIGNAS PESADUMBRES

Bajo la luz tranquila y amarillenta  
que el quinqué en la camilla vierte de plano  
miden de la velada la marcha lenta  
un niño, tres mujeres y un veterano.

A formar sus soldados el niño empieza,  
la niña agrupa flores frente a un espejo,  
la madre zurce y calla, la anciana reza,  
inclina sobre un libro su frente el viejo.

Y, en tanto, en el silencio, sigue oscilando  
la péndola, que ocultas fuerzas agitan,  
con el compás sereno que va marcando  
la fiebre de las horas que se marchitan.

Tal vez la disciplina sorprende y pasma  
al niño de la hueste gentil y austera  
que inmóvil y con orden que le entusiasma,  
se cuadra ante los pliegues de la bandera.

Y del adusto jefe que en los estribos  
se alza, blandiendo en alto su sable corvo,  
como si a los guerreros, mudos y altivos  
su arenga fulminara con ceño torvo.

De pronto, con imperio y altanería,  
dejando sus legiones el niño a un lado,  
—¿Que es ser digno?— pregunta, como podría  
preguntar Bonaparte: —¿Que es ser soldado?

Quitando del cabello con gran disgusto  
dos rosas colocadas junto a las sienes,  
sintiendo a un tiempo mismo rubor y susto,  
le hermana le contesta: —¡Que cosas tienes!

Ser digna, según dicen, es ser modesta,  
despreciar sin orgullo flores y galas,  
al tédio y a las penas estar dispuesta  
y al torpe pensamiento cortar las alas;

Huir de madrigales y discreteos,  
rechazar lo que halaga nuestros sentidos  
y abominar de frases y cuchicheos  
que los hombres deslizan en los oídos.

Calló: lanzó un suspiro, miró a la alfombra,  
sintió no sé que vaga melancolía  
y por su frente virgen pasó la sombra  
que hizo nublarse el cielo del primer día.

Oyó la madre todo con impaciencia;  
dejó labor y agujas en el cestillo  
y dijo con acento de displicencia;  
—¡Jesús y que preguntas tiene el chiquillo!

Ser digna es estar siempre del mundo lejos,  
no dejar en los hombres memoria alguna,  
evitar las intrigas y los cortejos,  
no envidiar la belleza ni la fortuna.

No suspirar por bronces, ni porcelanas,  
ni tapices, ni joyas, ni ricas telas,  
ni con fiestas lujosas y cortesanas,  
ni teatros, ni danzas, ni bagatelas.

Renunciar a los trenes que, allá en la Corte  
arrastran vanidades por los paseos,  
y a las playas más bellas que hay en el Norte  
con sus mil aventuras y galanteos.

Dijo; y de sus palabras fiel comentario,  
subió a su rostro, ajado por los deberes,  
esa palidez honda, que es el sudario  
de todas las venturas de las mujeres.

Persígnase la anciana y acaba el rezo,  
apoya en el tapete su mano helada,  
recoje su rosario, finge un bostezo  
y dice estas palabras con voz cascada:

—Hablais sin el permiso del Dios clemente.  
La virtud en vosotras no es meritoria,  
porque quereis ser dignas muy facilmente  
esperando, sin duda, ganar la gloria.

Ser dignos por el premio que codiciamos  
es en todo creyente culpable ofensa,  
porque nos está dicho que persigamos  
el bien sin esperanza de recompensa.

Ser digno, para el alma reconocida,  
es, cuando padecemos justos dolores,  
renunciar a los goces de la otra vida,  
que nunca merecemos, por pecadores.

Y, al recordar sus culpas sobre la tierra,  
cuando amó y fué dichosa, la abuela gime,  
entornando los ojos, como los cierra  
toda gran pecadora, cuando es sublime.

Del reloj la vibrante voz dolorida  
proyecta en el espacio diez broncos sonos,  
que caen sobre la inmóvil tropa aguerrida  
como el eco lejano de diez cañones.

No concertando el niño tanta respuesta,  
la opinión del anciano por fin requiere  
y el viejo a contestarle dócil se apresta.  
—¿Que es ser digno, abuelito?—Y él le contesta:  
—Fingir que se desdeña lo que se quiere.





LA HIJA DEL MARMOLISTA



# LA HIJA DEL MARMOLISTA

## I

Juan era un Marmolista  
que con el entusiasmo trabajaba  
de un verdadero artista;  
y lo era; que, si bien en tono vário  
el nécio vulgo su arte despreciaba,  
no era un vulgar y tosco lapidario,  
sino un gran escultor, que, de esta suerte,  
cuando el genio divino le inspiraba  
llegaba a embellecer la misma muerte.

Y es que el Arte, divina  
emanación de un sér que en todo vive,  
presta a todo belleza y lo ilumina:  
la voz del orador conmovedora,  
del pintor la paleta,  
del músico la cuerda vibradora,  
la lira del poeta,

el edificio gótico altanero,  
el canto del rapsoda,  
la dulce narración del Romancero;  
y, cuando muere el hombre, todavía,  
con una cruz, un signo, una escultura,  
lleva el Arte su magna poesía  
al borde de la misma sepultura.

Mas no eran solamente  
sus obras la pasión del pobre anciano,  
pues aún amaba más seguramente  
a una hija que tenía  
tan bella, que en su rostro parecía  
que era esclavo lo bello y lo inocente.  
Huérfana cuando apenas  
doraba el sol los hierros de su cuna,  
Estrella fué modelo de hijas buenas  
y amante de su padre cual ninguna.  
Fué, en conclusión, un serafín del cielo  
y el escultor, que así lo adivinara,  
como padre y artista, por modelo  
la tomó para hacer su obra maestra  
en que puso su esmero y sus sentidos,  
que era un ángel sin par de hermosa cara,  
que sobre un terso mármol de Carrara  
se alzaba con los brazos extendidos.

Cuando al taller bajaba  
como una aparición pródiga en bienes  
y al escultor dejaba  
el calor de sus besos en las sienes,  
con su sola presencia, vida daba  
a aquel mudo taller tan triste y sério  
y, al verla entre las tumbas tan hermosa,  
parecía una blanca mariposa,  
volando en el umbral de un cementerio.

Más, como nunca falta un envidioso  
donde algo se levanta  
que brilla por lo noble o por lo hermoso,  
de Estrella la virtud fué puesta en duda  
y así, implacable y ruda,  
la acusación surgió. ¿Porqué lloraba  
cuando a solas sus rezos murmuraba?  
¿Porqué, cándido el padre, permitía  
que saliese a sus anchas y no oía  
la voz que su deshonra pregonaba?  
¡Oh ley del drama eterno! Risa o lloro  
al héroe triunfador domina y ciega;  
más la tragedia llega  
en cuanto su pasión trasciende al coro.

Pero, al llegar a Juan estas patrañas,  
se estrellaban, lo mismo que en las rocas

se estrellan de las olas las montañas;  
pues, aunque era un Catón en lo severo  
era en el optimismo un Epicuro  
y su pecho, al amor sensible y puro,  
a la maledicencia fué de acero.

Por eso, cuando un día, con empeño  
un amigo leal le aconsejaba,  
en tanto que labraba,  
su obra mejor con mágica destreza,  
le oía mudo el lábio, adusto el ceño  
sin mirar que, cual nunca encantadora,  
no lejos de su lado, le escuchaba,  
su hija, con la ansiedad indescriptible  
con que escucha el que llora  
la causa de su mal indefinible.

—Es inútil— decía con voz dura  
el anciano y severo lapidario  
pretender calumniar tanta hermosura.  
Estrella es inocente. Y con firmeza  
luego añadió: —Sabed que ni un momento  
consentiré desde hoy que lleve el viento  
una sospecha vil de su pureza.  
Y si, por su desdicha y por la mía,  
de su madre el recuerdo deshonorara,

en este mármol mismo, en aquel día,  
antes que el necio vulgo la infamara  
su nombre mi cincel esculpiría.

Y la voz del artífice, vibrando  
con un timbre sonoro y penetrante,  
hasta Estrella llegó, que vacilando,  
creyó estar escuchando  
la voz de la sibila amenazante.  
Alzarse ante sus ojos vió un fantasma  
que, con letras de fuego  
en mármol escribía y la miraba  
llamándola hacia sí con insistencia;  
y huyó, creyendo luego  
que era el vano fantasma su conciencia.

Y cuando, aquella noche, con empeño  
en el lecho buscó reposo y calma,  
miró, de angustia llena,  
que huía de sus párpados el sueño  
dejándola indefensa con su pena;  
y luego, allá en lo obscuro,  
en el delirio atroz de sus sentidos,  
ver creyó destacarse sobre el muro  
un angel que, inseguro,  
se alzaba con los brazos extendidos.

## II

Cuando pasó por fin la eterna sombra  
de la callada noche  
vió Estrella, desvelada, desde el lecho  
bañar el sol las flores de su alfombra  
y, lanzando un suspiro de su pecho,  
el murmullo escuchó que iba formando,  
alegre y bullidora,  
la corte de dos mundos despertando.  
En el jardín vecino  
sus cálices alzaban los rosales  
y, lanzando los pájaros sus trinos,  
rozaban con el ala los cristales.  
Triunfadora mañana de victoria,  
todo era luz, resurrección y gloria.  
Pero ella estaba yerta y tembló inquieto  
su cuerpo en un espasmo agudo y grave.  
Creyó morir de frío. Nadie sabe  
lo que hiela un terror, cuando es secreto.

Después buscó un espejo  
de verse en él copiada deseosa,

que, al fin, era mujer y, a más, hermosa.  
Pero, lanzando un grito, vió aterrada  
al angel del taller, allá en el fondo  
que, con la cabellera destrenzada  
como siempre los brazos extendía  
y, pálido cual nunca, parecía  
quererla confundir con la mirada  
y el cristal primoroso desechando  
que se quebró en pedazos contra el suelo,  
ocultose en las ropas sollozando.  
Y cuando el escultor, en su desvelo  
subió creyendo hallarla como siempre  
llena de una alegría turbulenta,  
de fiebre violenta  
presa la halló con hondo desconsuelo.

De entonces, fué creciente  
la fiebre abrasadora  
que, cada nuevo día, iba traidora  
minando lentamente  
de Estrella la existencia abrumadora.  
Y siempre, en el delirio inacabable  
de la tenaz e intensa calentura,  
ver creía a su padre que, incansable,  
labraba con furor su sepultura,  
en que se alzaba el angel inmutable.

Otras veces, huyendo  
del angel vengador, tener creyendo  
alas también sutiles y lijeras,  
volaba los espacios recorriendo.

Y se vió desolada en las riberas  
de caudalosos ríos  
y en góticas capillas y en ciudades  
y en páramos sombríos,  
y del mar en las vastas soledades.  
Y a la cumbre subió de las montañas  
donde el águila real su trono asienta,  
registró de los cielos las entrañas,  
subió sobre las nubes más extrañas  
y a sus pies se deshizo la tormenta.  
Todo entonces mezquino y pobre hallaba;  
suspiraba su pecho  
y nunca se encontraba  
de volar su deseo satisfecho.  
¡Dios justo y soberano!  
el alma soñadora  
¿qué no hallará mezquino?  
todo en el mundo es material, humano  
y en ella hay algo inmaterial, divino.

¡Ay! cuando el pobre padre un día supo  
por boca del Doctor, que a su hija bella

que ya toda esperanza  
de salvación perdióse para ella,  
agostarse miró, mudo y sombrío  
en su caduca frente los laureles  
y al tomar como siempre sus cinceles,  
halló, por vez primera, el mármol frío.

Una noche, por fin, en que el reposo  
a Estrella rodeaba  
y en su frente de armiño resbalaba  
el sudor angustioso  
que precede a una crisis si es terrible,  
sintió algo en su interior indefinible,  
que hizo el sudor correr por sus mejillas.  
—¡Voy a morir!— se dijo  
y alzándose en el lecho de rodillas  
besó con la mirada un Crucifijo.

Pero luego, mirando  
de su triste ventana los cristales,  
en las pequeñas luces, que a lo lejos  
brillaban, alumbrando  
de la ciudad las calles solitarias,  
creyó ver los reflejos  
de lámparas votivas sepulcrales.  
Y, entonces, vida dando

a todas sus quimeras y delirios,  
miró sobre las ténues luminarias  
al angel, que volando,  
a ella se adelantaba, preguntando:  
—¿Que hiciste de tus sueños de inocencia?  
¡Vén, que velar tu cuerpo solitario  
por siempre me encargó la Providencia!

Y Estrella, en un supremo, último esfuerzo,  
de su lecho saltando, cual sudario  
las ropas arrollóse y, anhelante,  
queriendo huír, con mano vacilante,  
la puerta abrió porque al taller bajaba  
cuando a su padre amante sonreía;  
pero, antes, con sin par melancolía,  
mandó un beso a unas cartas que dejaba.

¡Bella puerilidad! Más ¿quien ignora  
que nadie culpará ni habrá culpado  
esta dulce expansión de un ser que llora?  
¿Quien es el que en su vida no ha besado  
una trenza, una carta o unas flores?  
Yo sé de mí decir que mis dolores  
calmé al besar de un árbol la corteza  
en que vi reclinando su cabeza  
una tarde al amor de mis amores.

¡Pobre niña! febril, sola, desnuda,  
no la asaltó la duda  
de donde iba a morir; iba sin rumbo,  
cual la nave perdida  
que por las tempestades combatida  
y roto ya el timón, sufre el ultraje  
del viento, por su furia combatida  
y el ímpetu cruel del oleaje.  
Iba donde al morir tenaz no hallara  
del angel la silueta ni el reproche  
de su padre y el viento de la noche  
sus ardorosas sienes refrescara.  
Almas que huyendo la iracundia ajena,  
tristes y jadeantes,  
por selvas de terror fuisteis errantes:  
¡sabeis lo que es cansancio y lo que es pena!

Bajó al taller por fin. Todo dormido  
estaba y pudo oír sus pulsaciones  
golpeando implacables en su oído.  
La encapotada noche sus crespones  
tendía silenciosa sobre el mármol  
de los abandonados panteones.  
Allí una vez, anduvo, más no hallando  
guía alguno sus pasos en lo obscuro,  
la hicieron vacilar y sobre el muro

apoyarse temblando...

Pero después, de nuevo comenzando  
sus pasos inexpertos,  
se fué en las mismas tumbas apoyando,  
cual si fuese evocando  
las doloridas sombras de los muertos.

Más, de pronto, sujeta  
se sintió del cabello, y, dando un grito  
de terror infinito,  
desasirse al querer, tocó una mano  
como la nieve helada  
que se enredaba en él dura y crispada.  
Y, haciendo un sobrehumano  
esfuerzo, dió otro grito aun más agudo  
y luego, tras aqueste esfuerzo rudo  
cayó en el pavimento desplomada.

Luz, auxilios, ya todo  
tarde llegó. Y el padre ¿quien pudiera  
su dolor expresar? De blanca cera  
su rostro se tornó, mientras su lábio  
calló por no inferir sangriento agravio  
al dolor infinito que sintiera.

Una voz dulce y suave  
de un profundo suspiro precedida,

luego se dejó oír, grata armoniosa,  
como el trino de un ave,  
cual de mágica flauta la sentida  
modulación incierta y caprichosa.

—«Padre—dijo—perdón: estaba escrito...  
¡Ay que pronto las rosas quedan lácias..!  
Labraste mi sepulcro... ¡Padre: gracias..!  
Adios... ¡Siento la voz... de lo Infinito..!»

Y esto dicho, cayendo  
muerta, chocó su mágica cabeza  
contra el mármol, un ruido produciendo  
sordo que el alma heló del pobre anciano,  
en tanto que, del arte con las galas,  
lleno de majestad y gallardía,  
el angel, sobre el grupo, proseguía  
extendiendo sus brazos y sus alas.





LA DE SIEMPRE



## LA DE SIEMPRE

**D**ios te salve maga: bendita tu eres,  
musa de mis penas y mis regocijos;  
elegida seas entre las mujeres,  
luz de mis entrañas, madre de mis hijos.

Versos me has pedido que salgan del alma;  
para ti, mi vida, yo los hago de esos,  
que tienen arrullos de lagos en calma  
y suenan a trinos, a frondas y a besos.

Versos de Castilla, sonoros y graves  
que al sol resplandecen de la sementera,  
con son de campanas y acordes de claves  
o rugido airado de la tolvanera.

Porque siento a veces anhelos tan grandes  
y mi pecho late con vehemencia tanta,  
que, cuando me yergo, todo el mundo es Flandes,  
cuando me arrodillo todo es Tierra Santa.

Yo se que en las luchas de la tierra ingrata  
cuando se es vencido, se gime y se muere;  
pero que, en la vida que así nos maltrata,  
no lleva librea sino el que la quiere.

Dime que canciones, que versos deseas.  
Yo llevo en la frente mi númen escrito  
y, así, mis estrofas, como mis ideas,  
ruedan con los astros hacia lo Infinito.

Sé que, si del orbe se siente el misterio  
y el hervor se escucha que agita el planeta  
y amor en el alma sostiene su imperio,  
se triunfa o se llora, pero se es poeta.

Y, así, nunca envidio los ajenos bienes  
pues de mi nobleza sé bien que blasonas  
y coronas siento que oprimen mis sienas  
que, serán de espinas, pero son coronas.

Si pobres laureles conquistar me hiciste,  
por ti otros más altos conquistar quisiera.  
¡Oh tú, ser divino, que para mi fuiste  
hija, deseada, madre y compañera!

De tu alma piadosa fulgentes destellos  
tanto tus ensueños fueron virginales  
que ya palidecen tus rubios cabellos  
de ~~tan~~ cubrirse de blancos cendales.

Por eso, mi vida, con más fé te quiero  
a la hora en que surjen las melancolías,  
ahora que vacila tu pié en el sendero,  
ahora que tu mano tiembla entre las mías.

¡Cuanto hemos llorado! ¡Cuanto hemos sufrido!  
¡Cuantos desconsuelos y cuantos enojos!  
¡Cuantas amarguras dichas al oído;  
cuantas desventuras puestas en los ojos!

Y siempre, en las alas de la poesía,  
la hora de los rezos así nos sorprende,  
juntos, con la frente levantada al día,  
cuando de la tarde la sombra se extiende.

Crepúsculo santo de las almas dueño  
en que yo te quiero como tu me quieres,  
para que la tierra palpite de ensueño  
y ¡para que aprendan los amaneceres!

Mujer de oro y mármol, más limpia que el día,  
más tierna que entraña de panes candeales,  
de voz suplicante, plena de armonía,  
como los balidos de los recentales;

diosa que en consuelos los pesares trueca,  
alma desterrada de región ignota,  
cáliz perfumado que nunca se seca,  
manantial excelso que jamás se agota:

nuestro amor no muere; sin cesar se eleva  
a buscar su estirpe gloriosa y divina;  
río caudaloso, por su cáuce lleva  
brío más potente cuanto más camina.

¿Que importa la sombra con su negra masa?  
Nuestra sepultura será nuestro templo.  
Si hemos de perdernos, como aura que pasa,  
detrás de nosotros quedará el ejemplo.

No temas; no llores; la sombra aun es vaga;  
la luz a las ramas lleva su embeleso.  
Si el sol en las cumbres temblando se apaga,  
le hará que resurja nuestro último beso.



OMNIPOTENTE



## OMNIPOTENTE

**D**onde estás?

—Por doquier.

—¿Qué buscas?

—Gloria.

—¿Quién te guía?

—La luz.

—¿Qué ofrendas?

—Seso.

—¿Qué llevas en las manos?

—El Progreso.

—¿Qué escribes en los mármoles?

—La Historia.

—¿Quién guarda tus hazañas?

—La memoria.

—¿Conoces la virtud?

—La mido y peso.

—¿Tu enemigo se llama..?

—Retroceso.

—¿Qué esperas de los siglos?

—La victoria.

—El presente...

—De él soy señor y dueño.

—El pasado inmortal...

—Por mi está escrito.

—El futuro...

—A mi vista se anonada.

—¿Qué les das a tus siervos?

—El ensueño.

—¿Es tu orgullo satánico?

—Infinito.

—¿Quién eres?

—El saber.

—¿Qué sabes?

—¡Nada!



MARINAS



# MARINAS

## I

**E**n melancólicos días  
juntos miramos los mares;  
tú evocas tus alegrías,  
yo renuevo mis pesares.

Son tus frases dulces chanzas,  
las mias consejos cüerdos,  
tú animas tus esperanzas,  
yo doy vida a mis recuerdos.

Tal vez, de tí separado,  
nunca a verte volveré;  
pronto me habrás olvidado,  
yo jamás te olvidaré.

## II

Aquí en la obscuridad todo es más grande  
la húmeda playa, la rompiente escueta,  
el tachonado azul, la abrupta costa,  
la resaca en su rítmica cadencia.

¡Más sombra, más! Ya extingúese en la noche  
la luz del bergantín que el alba espera,  
y las olas, y el viento y los ramajes  
himno triunfal al universo elevan.

¡No más luz! Está de ella el alma herida;  
sólo alumbra ruindades y miserias.  
Venga la obscuridad; el alma noble  
solamente descansa en las tinieblas.

## III

Allá van, allá van. ¡Cómo blanquea  
la hinchada vela de la esbelta nave  
por la primera brisa, fresca y suave  
que el líquido cristal riza y orea!

Allá van, allá van, cuando en la aldea  
cese la luz y la jornada acabe,  
la barca volverá pausada y grave  
o se hundirá en el mar que la rodea.

Es igual, sumergirse ya deshecho  
y morir de la playa en las arenas,  
en la bóveda azul los ojos fijos.

O sucumbir en miserable lecho  
y los ojos clavar, sin brillo apenas,  
llenos de horror en los hambrientos hijos.





CUANDO LA NOCHE VIENE



## CUANDO LA NOCHE VIENE

**F**lor marchita, fuente seca,  
luz que en el ocaso está,  
guzla que acordes no da,  
fuste que en polvo se trueca:  
decid al alma transida  
si la juventud se vá  
para que sirve la vida.

Amor, fé, de gloria empeño,  
todo es un doliente ensueño,  
todo es un recuerdo vano;  
vapor informe y lejano  
que hacia las alturas sube,  
como sombra de una nube  
que cruza fugaz el llano.

Todo es solitario y frío;  
parece el mundo vacío.  
Sobre crepúsculos rojos  
pasan visiones extrañas;  
no hay ilusiones ni antojos,

ni calor en las entrañas  
ni lágrimas en los ojos.

La vida el tiempo consume;  
en espacio siempre breve  
se evapora su perfume  
y, por la experiencia rota  
la idealidad que la mueve,  
como un ídolo de nieve  
se deshace gota a gota.

Solo el alma amor concibe  
y porque se ama se vive.  
Génio que hiciste brotar  
los instintos del querer:  
si todo sueño ha de ser,  
si hemos de dejar de amar,  
¿porqué nos haces nacer?

Poder que matas y creas  
y en lo Infinito aleteas:  
antes que muera inconfeso,  
préstame el ánsia perdida;  
rompe el hielo en que estoy preso  
y dame una nueva vida  
que se consuma en un beso.



MALEFICIO



## MALEFICIO

**M**ajadero, ridículo, pedante,  
Membustero, antipático, ladino,  
simple, sándio, lunático, beduino,  
tonto, necio, incivil, sucio y bergante;

indecente, genízaro, farsante,  
bárbaro, estafador, bruto, cochino,  
estúpido, bribón, ganso, gorrino,  
asno, idiota, ladrón, pillo y tunante:

Caigan sobre ti pestes, maldiciones,  
pulgas, chinches, ratones, sabandijas,  
apuros, deudas, lágrimas, aprietos,  
asma, físis, orzuelos, sabañones,  
hambre, sed, malestar, diviesos, rijas,  
suegras, tigres, pesar, lepra y sonetos.





NIEVE



# NIEVE

## I

...Como la espuma  
que hirviendo el mar sobre la costa arroja,  
como nítida pluma  
de paloma torcaz, como de armiño  
inmaculada piel, cual los cendales  
de virgen infantil, cual débil hoja  
que una ráfaga arranca a los rosales,  
mil líneas caprichosas describiendo,  
en horas soñolientas invernales  
la nieve silenciosa vá cayendo.  
¡Indefinible encanto el de esas horas  
que llevan en su seno bienhechoras  
el olvido del mal que nos rodea!  
Esa sábana inmensa que blanquea  
el extenso horizonte, esos ramajes  
cubiertos de finísimos encajes,  
esas nubes de gris monotonía

despiertan singular melancolía  
y las penas pasadas  
y el rigor inclemente del destino  
se olvidan al mirar el albo lino  
deshecho por las manos de las hadas.  
Copiosa cáe la nieve de la altura;  
la frescura y la luz su seno encierra.  
¿Como puede venir tanta blancura  
su pureza a manchar sobre la tierra?  
Cubriendo de finísimos vellones  
todo cuanto su afan adornar quiere,  
se extiende sobre el llano,  
ténue y fugaz, como el amor humano  
que invade todo, se deshace y muere.

## II

Ven a buscar en el campo  
los enfermos pajarillos  
que perdidos en la nieve,  
no regresan a sus nidos.  
Ven a ver la nieve blanca  
que amortaja los caminos  
en los olvidados surcos  
de los ya nacientes trigos.  
Ven a mirar en los robles

los copos de nieve fijos  
columpiándose en las ramas  
como pájaros dormidos.  
Ven a refrescar mis sienes  
y a mostrarme tus hechizos,  
que hay sobre mi frente lava  
y en el pecho siento frío.

## III

¿Te acuerdas? En el Norte,  
sobre los tersos lagos,  
bajo las densas brumas  
de los reflejos pálidos,  
con ágiles patines  
huyendo en giro rápido,  
tras voluptuosa marcha,  
perdidos nos hallamos.  
A la atracción magnética  
del vértigo insensato,  
dejaste el cuerpo dócil  
en mis amantes brazos  
y, huyendo como sombras,  
sobre el cristal helado,  
hirvientes en promesas,  
se unieron nuestro labios.

## IV

A la puerta del templo bizantino,  
sufriendo de la nieve los ultrajes,  
un niño abandonado, está dormido  
en la desierta calle.

La luz de un alba pálida le alumbra  
y brilla a su fulgor su faz de arcángel;  
quizás ve en sueño, mísero, unos brazos  
que no le tiende nadie.

Una turba de alegres pajarillos  
cruza al par bulliciosa por los aires,  
a encontrar el calor, seguro y tibio  
del nido de su madre.

## V

Cáe la nieve, cáe la nieve  
arriba en el cementerio.  
¡Que frío en las anchas losas  
y en el patio que silencio!  
Cáe la nieve, cáe la nieve,  
sin que se levante un eco  
para darles a los vivos  
un rumor de los que fueron.

Ya no doblan las campanas,  
extinguiéronse los rezos  
y aun agítanse en el alma  
siempre vivos los recuerdos.  
¿Donde están los que algún día  
nuestras penas compartieron?  
¡Que cerca de la memoria  
y del corazón que lejos!

## VI

Estréchame la mano; ven y no llores,  
porque eres tu la reina de mis amores.  
Contempla las arañas con sus reflejos  
quebrándose en las lunas de los espejos.  
Mira el licor dorado que finge mieles;  
no te muestres esquiva, tenaz y seria;  
no empañes la blancura de los manteles  
con el amargo llanto de la miseria.  
No llores por la ajada virtud perdida,  
porque eso es lo más nécio que hay en la vida.  
Es el vicio dichoso, triste el trabajo;  
¡Pobre del inocente que cáe debajo!  
Tu goza del presente; la vida es corta;  
si en el taller se sufre ¿que nos importa?

Es preciso que juegues y que sonrías,  
que brilles por tus joyas y tu impudencia;  
si no ¿quien vá a endulzarme las penas más?  
¿quien vá a acallar el grito de mi conciencia?

## VII

Del primer huracan al soplo rudo  
su ropaje fertil dejó la encina  
y vió de la mañana la neblina  
mustio el rosal y el robledal desnudo.

El valle despojado, triste y mudo  
cubrió la nieve en capa blanquecina  
y de la vega huyó la golondrina  
del invierno al rigor buscando escudo.

Del año en la estación más placentera  
a nacer volverán nuevos rosales  
y a morir tornará su flor postrera

que las míseras glorias terrenales,  
si nacen con la alegre primavera,  
perecen con las brisas otoñales.



LAS CAMPANAS



## LAS CAMPANAS

**D**e niño otra vez pasé  
a la hora de la oración  
por estos sitios; oré  
y con fervor escuché  
de las campanas el son.

Como entonces, se avecina  
la noche y en la colina  
se alza, imponente y escueta  
la fantástica silueta  
de la torre bizantina.

Trepa el áspero zarzal  
por el agrietado muro  
y el umbrío robledal  
se destaca allá en lo oscuro.  
No hay duda: todo está igual.

Más no: ya la vista empieza  
a observar con desconsuelo  
en medio de esta grandeza,  
menos verdor en el suelo  
y en la torre más tristeza.

Donde las águilas reales  
a colgar su nido van,  
rasgados están e iguales  
los dos huecos ojivales,  
más las campanas no están.

Y allí, oscuras y sombrías,  
las ojivas olvidadas,  
miran desiertas y frías,  
cual dos ojos sin miradas,  
con sus dos cuencas vacías.

Ellas al Sér soberano  
dieron su acento en tributo  
y animaron monte y llano;  
puso allí el hombre su mano  
y dejó miseria y luto.

¡Ay yo también con ardor  
y con instinto suicida,

arrancando con furor  
fuí del alma dolorida  
lo más puro y lo mejor!

¡Oh peso del tiempo! Brilla  
lejana la edad inquieta  
y el espíritu se humilla,  
como fatigado atleta  
que dobla al fin la rodilla.

Ya que en ese torreón  
cesó vuestro alegre son  
y en el pasado dormis,  
campanas que no existis,  
sonad en mi corazón.

Sonad como alborozadas  
de mi vida en los albores;  
evocad acompasadas  
aquellas dichas pasadas  
y aquellos tiempos mejores.

Que no se borre aquel eco.  
Yo también, a mi pesar,  
en mi corazón ya seco,  
tengo un insondable hueco  
que no se puede llenar.

Sonad alegres y ufanas.  
Nada en las cosas humanas  
hay que tan medroso esté  
como un corazón sin fé  
y una torre sin campanas.



QUERELLA DE NOVIOS



## QUERELLA DE NOVIOS

Llevando en el mirar sombras hurañas,  
Él mostró al alejarse sus desnudos;  
tú fuiste hacia el balcón con pasos quedos  
y usaste, para verle, de mil mañas.

Rechazando, por fin, dudas extrañas,  
despediste al ingrato ya sin miedos,  
con un beso en la punta de los dedos  
y una lágrima ardiente en las pestañas.

Suya serás; en vano a ti se aferra  
el afán de olvidarle noche y día,  
pues que suya has de ser hasta la muerte;  
que eso es solo el amor sobre la tierra:  
un beso apasionado que se envía  
y una lágrima amarga que se vierte.





INVOCACION





## INVOCACIÓN

**G**énio bienhechor del sueño:  
Invoco a tu sér divino  
en nombre de lo mezquino  
de lo humilde y lo pequeño,  
Piedad ten  
de los que, ignorando el bien  
rinden al pesar tributo,  
por todo el tiempo absoluto  
de la Eternidad. Amén.

Tú que las leyes no escritas  
del inmenso arcano entiendes,  
tú que las alas extiendes  
sobre las cosas marchitas;  
tú, que yertos  
dejas de esmeril cubiertos,  
sobre su brillo al moverlas,  
los orientes de las perlas,  
y los ojos de los muertos:

Atiende las quejas mudas  
y las plegarias ignotas  
que elevan las aras rotas  
en las colinas desnudas,  
la oración  
que sube del torreón  
que en polvo se desmorona  
y se extingue en la corona  
del águila de blasón.

A ti implora cuanto muere  
o en el olvido se apoca,  
campanas que nadie toca,  
cítaras que nadie hiere.  
Sin querer,  
a ti tienen que volver  
pechos que no han de alentar,  
bocas que no han de besar,  
pupilas que no han de ver.

¿Donde la piedad se esconde?  
¿En que sitio la grandeza?  
¿En que horizonte la alteza?  
La eterna justicia ¿en donde?  
Maldecir  
se escucha en vano y gemir

y, ante las almas inertes,  
rompen su espada los fuertes  
cansados de combatir.

Tu solo dejas tus besos  
con serenidad austera,  
al sonar la hora postrera,  
sobre lábios inconfesos;  
y así, un día,  
en ti el mal tendrá amnistía  
cuando, de la sombra al borde,  
termine el postrer acorde  
de la última melodía.

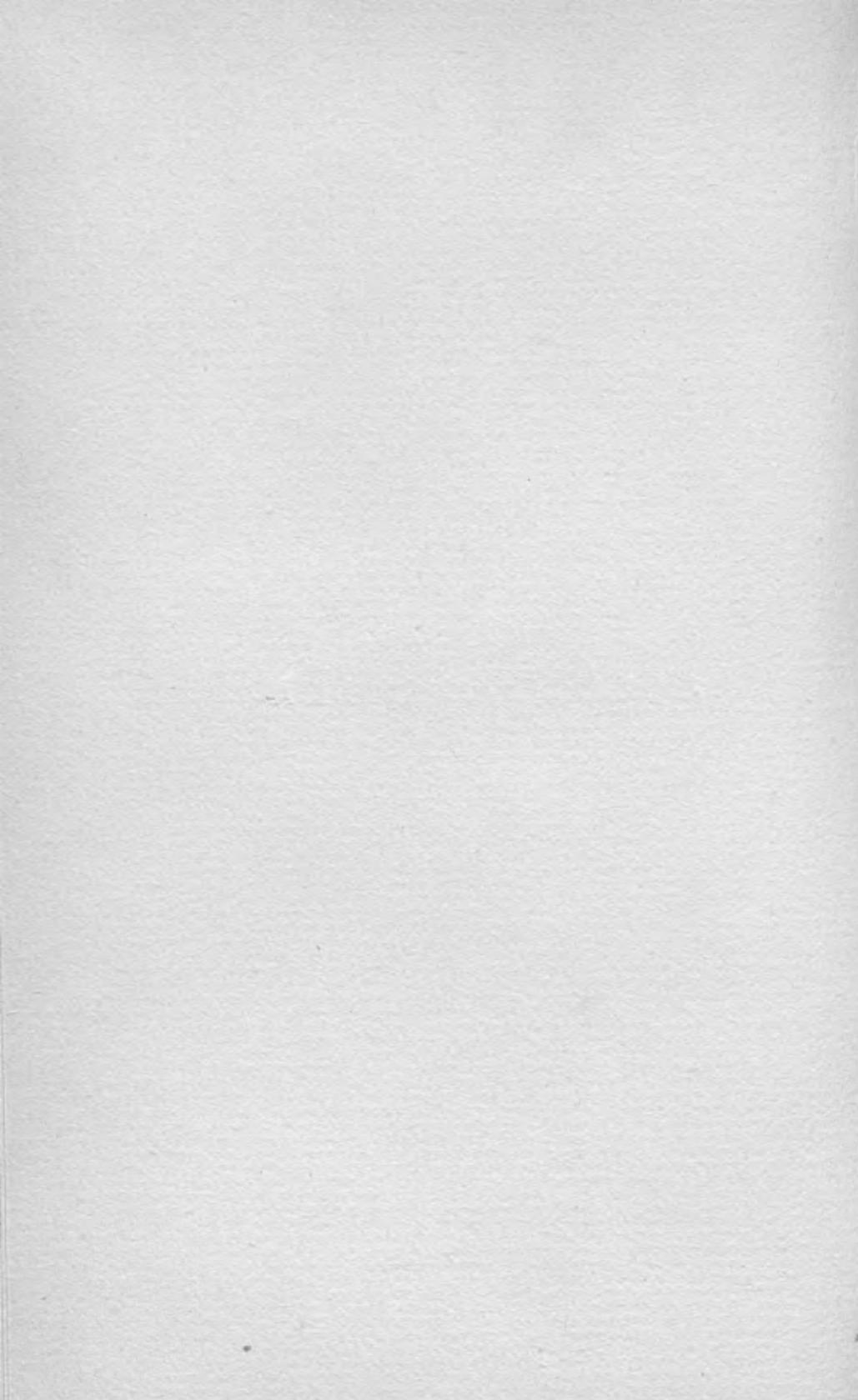
Ni un rumor alce su acento  
ya que, al triste haciendo coro,  
todo pentágrama es lloro  
y toda nota lamento.  
Reposar  
para nunca despertar  
haznos en masa difusa,  
como esa niebla confusa  
que se extiende sobre el mar.

Sueño que aduermes las frondas  
y haces callar los deseos

en noches sin centelleos,  
sobre los lagos sin ondas;  
surge y crea  
la paz que el alma desea;  
extingue el postrer fulgor,  
por el signo de dolor  
que hago en mi frente. ¡Así sea!



A LA DE TODA LA VIDA



# A LA DE TODA LA VIDA

(ENVIÁNDOLE UNAS CLEMÁTIDES)

A hí te mando esas flores  
de porte francas:  
como tu son gentiles,  
como tu blancas;  
pulcro tesoro,  
tienen, como tu tienes  
corazón de oro.

Otras color de grana  
te ofrecí un día  
y dijiste que el fuego  
nos quemaría.  
¡Que razón tienes!  
Ya llevamos ceniza  
sobre las sienas.

No temas los rigores  
de tu destino  
mientras pétalos haya  
por el camino.

Siempre olorosas,  
contigo iré a la tierra  
pisando rosas,

Mi amor tiene el perfume  
del vino añejo,  
que se hace más sabroso  
cuanto más viejo.  
Caudal de río.  
cuantas más leguas anda  
toma más brío.

El que quiera ser sábio  
de cualquier modo,  
procure que en el alma  
le quepa todo.  
Duda no cabe  
que el que todo lo quiere  
todo lo sabe.

Te quise embelesado  
por tu alegría,  
pero al fin, por mi culpa,  
lloraste un día;  
pena me dabas;  
desde entonces te quise  
porque llorabas.

Bálsamos y cariños  
de las mujeres  
todos ellos perfuman  
nuestros placeres;  
pomo de arcano,  
cuando llegan las penas  
se vé el que es sano.

Pronto sobre nosotros  
caerá la nieve;  
seremos dos pavesas  
que el tiempo lleve;  
si nos queremos,  
la segur que nos mate  
perfumaremos.

Donde se hicieron polvo  
las catedrales,  
palpitan ya los nidos  
de los zorzales;  
sepa quien pueda  
que nosotros pasamos  
y el amor queda.





DELINCUENTES



## DELINCUENTES

**Q**ue viento tan frío!  
¡Que noche tan negra!

Una tromba empapada en llovizna  
cruza airada la calle desierta.

Ciclón homicida,

viento de la sierra

que el aliento congela en los labios  
y traidor en el pecho penetra.

¡Que viento tan frío!

¡Que noche tan negra!

A su soplo helador, en sus urnas  
las pálidas luces vacilan y tiemblan.

Montones de polvo, papeles y aristas  
van en remolinos sobre las aceras

donde van las cosas que rompe el misterio,  
donde van las briznas de las ramas secas.

Y el viento implacable se estrella en los muros  
brama en los portones, cruje en las cancelas

y lo arrolla todo con furia bravía

en su ruda marcha, letal y siniestra.

Lujosos y altivos  
en fila opulenta,  
cien palacios en línea impecable  
alzan juntos sus muros de piedra,  
sus columnas talladas en mármol  
sus impostas gallardas y rectas.  
En sus bloques de duro granito  
el ciclón orgulloso se estrella  
temblando de rabia  
de loca impotencia  
mientras dentro, en estancias lujosas,  
celebran sus dueños espléndida fiesta.

Es el año nuevo;  
es la noche excelsa  
en que el viejo Noel trae sus dones  
a viejos y a niños, mozos y doncellas.  
Rizando en el viento su barba florida,  
suelos los vellones de su cabellera,  
su báculo alzando con mano temblante,  
tal vez pasa el viejo por las azoteas,  
para dar grata ofrenda a los ricos  
llenarles de aromas el vino en sus mesas  
alumbrar la alegría en sus ojos  
y encender libio fuego en sus venas

¡Noche de año nuevo,  
llena de grandeza;  
noche magna y ritual en que el orbe  
el arcano insondable celebra  
de los astros que pueblan los cielos  
del hervor que fecunda la tierra,  
del misterio que late en las almas,  
del amor que en los pechos fermenta.  
Arden en las brasas los troncos de encina,  
ofrecen manjares vajillas argénteas.  
Ya pronto en la torre los ecos bronceíneos  
marcarán el paso de la hora suprema  
y, entre carcajadas, vítores y aplausos,  
hará el Año Nuevo triunfal su presencia.

Entretanto, en la calle medrosa  
se oye rumor leve de gente que llega;  
es un grupo que avanza a buen paso  
agrandando su vaga silueta.  
¡Oh escena de llanto,  
de luto y miseria!  
Son dos niños que marchan deprisa,  
que tristes jadean  
y dos guardias detrás friolentos,  
el abrigo subido a las cejas,

que los llevan atados, por culpas  
que nadie sospecha.

¡Pobres niños! No tienen diez años;  
son dos chavalillos nacidos apenas;  
mal les cubre un calzón destrozado  
y una camisita rasgada y abierta.  
Van atados y codo con codo,  
la cabeza baja, rapada a tijera,  
del huracán rudo sufriendo el ultraje,  
firitando de frío y vergüenza.  
Marchan muy deprisa, con los pies descalzos,  
con paso menudo, mirando a la tierra  
y los guardias les siguen sombríos,  
sufriendo las iras de la noche negra.

—«¿Qué han hecho esos niños?  
Mirarlos da pena.  
¡Son tan pequeñitos! ¿Como habrán podido  
delinquir de veras?»  
Con acento cortés pero rudo  
uno de los guardias así me contesta:  
—«¡Si son dos granujas!  
No los compadezca.»  
Lanzan los dos niños leve gimoteo  
y aprietan el paso, como si no oyeran.

—«¡Cualquiera se fía  
de esos dos *chaveas!*  
Parecen dos santos y son dos bribones  
que irán a presidio, si hay ley en la tierra.  
Aquel, el más rubio, que parece un ángel,  
dos cajas de dulce cojió de una tienda,  
de las más bonitas y de las más caras,  
no así como quiera.  
Seis días, lo menos, le vengo buscando  
y ¡maldita sea!  
yo le juro que vá a divertirse,  
a ver si esas cosas sin castigo quedan.»

Nuevo gimoteo  
y la marcha arrecía.  
—«Pero al otro ¿porqué le defienen?»  
—«Una friolera.  
Ha robado dos kilos de lana».  
—«¿Para qué?» —«¡Esa es buena!»  
Para que le diera cuartos algún tuno.  
Pero no confiesa:  
la tiene escondida; ¡Va a estar divertido  
como no parezca!»

—«Y, pagando el importe de todo,  
¿no podría evitarse la pena

de ver a dos niños sin juicio, que ignoran lo que es hacer daño, sufrir tal afrenta? Yo le ruego...»

—Es inútil: nosotros solamente hacemos lo que el jefe ordena. ¿Un ladrón? A la cárcel. ¿Que es chico? ¡Otra! ¡Pues que crezca! ¿Que no sabe lo que hace? Es posible. Pues ¡para que aprenda! Esta vida es muy larga y muy dura. ¡Todos hemos pasado las nuestras!

---

Una sala grande,  
bancos y una mesa;  
pared encalada, reloj descompuesto  
y un hombre sentado que fuma y que increpa.

—«Tú: ¿cómo te llamas?

—Pedro.

—¿Que apellido?

—No tengo apellido.

—Pondré Pedro a secas.

—¿Que edad?

—Nueve y medio.

—¡Temprano empezamos!

—¿Donde te recojes?

—En donde se terciá.

—¿Para que has robado dos cajas de dulces?

—«Mire usted: al pronto no quise cojerlas,

pero me dió envidia de ver tanto niño

que compraba dulces en la Noche Buena.

No había comido. ¡Tenía mucha hambre!

Y estaban las cajas llenitas de yemas.

Me entró tanta angustia de ver que yo nunca

probaba de aquello que... ¡vámos! No crea

que es que soy muy malo; ya vé Vd. que lloro.

Robé aquellos dulces ¡por saber como eran!»

—«Muy bien. Venga el otro. Yo no te conozco.

¿Quién eres, tunante?

—Gumersindo Heredia,

—¿Huérfano?

—De madre,

—¿Vives?

—Ruda siete.

—Dos kilos de lana robaste a una tienda.

¿Es ese tu oficio?

—No señor; lo juro.

—Pues ¡diantre! ¿Que piensas?

¿No hay sino echar mano de lo que nos place?

—No señor; me pesa.

—Entonces, granuja: ¿porqué robas lana?

—Para hacer almohadas a mi madre enferma. >



¡PRIVILEGIADO!



## ¡PRIVILEGIADO!

### I

**H**ubo en Sus cinco mozos. ¿Piensa alguno  
que fué soldado de los cinco uno?  
Así debiera ser de todos modos;  
mas, como había guerra,  
la *quinta* fué llevar, de cinco, a todos.  
¡Así se hacen las cuentas en la tierra!

Y le tocó a Cristóbal, quien en vano  
una exención buscó, firme y rollizo.  
La guerra elige astuta al fuerte y sano  
y deja al miserable y enfermizo.  
De este modo Belona  
la raza de los hombres selecciona;  
deidad armipotente, sacrifica  
al más gentil en sus altares ciegos  
y al deforme respeta y dignifica.  
¡Siempre hicieron igual los dioses griegos!

Por eso, tras dos meses de gestiones,  
tallas y observaciones,  
Fernando se libró por ser enteco,  
Diego por bajo y seco,  
Martín por ser más necio de lo justo,  
el más rico, Julián, por influyente;  
solo Cristóbal fué, de aquella gente;  
por ser pobre y ser bueno y ser robusto.

¡Que bueno era Cristóbal! Nadie pudo  
de su deber sacarle; austero y rudo,  
fué tan ageno al ócio y la alharaca  
que las viejas, al darle su saludo,  
le llamaban *el santo de la estaca*;  
porque, en su gran virtud de anacoreta,  
llevaba el infeliz de buen talante,  
su alma infantil sobre su cuerpo atleta,  
como el niño Jesús sobre el gigante.

El buen Cristóbal era  
de esos héroes que llevan las mochilas,  
que si oyen «¡A las filas!» van a filas  
y cuando «¡A la trinchera!» a la trinchera;  
carne de obús y blanco de metralla  
que se bate con furia y ardimiento  
y, si gana, es *la prez del Regimiento*

y, si llega a perder, es *la canalla*;  
ciegos a quien se ofrece la victoria  
para que al triunfo y al poder coadyuven;  
escalones de carne, por do suben  
los grandes al alcázar de la gloria.

Pero los viejecitos... ¡Que tormento!  
desde el primer momento  
fué tanta su aflicción, su angustia tanta,  
que sintieron subir a su garganta  
de la pena infinita los dogales.  
*¡Soldado!* No hay puñales  
como estas siete letras; son decoro,  
patriotismo y honor; son sangre y oro,  
gallardetes que al viento se desatan,  
emblema que a los siglos desafía;  
pero las olas de la mar bravía  
sublimes son y, sin embargo, matan.

Mientras el padre, en horas azarosas  
indagando el misterio de las cosas  
preguntaba un porqué; que no han sabido  
los muchos padres que en el mundo han sido,  
la anciana temblorosa, calculando  
las fuerzas en el uno y otro bando,  
era infalible y lógica estratega,

porque a ella no guiaba  
la ira fatal que a los caudillos ciega;  
y, a pesar de las nuevas cantarinas  
que detallan victorias peregrinas,  
en achaque de guerras coloniales,  
lo que ignoran los grandes generales  
lo conocen las madres campesinas.

El cura, varón justo entre varones  
que pasaba sus horas enfermizas  
arrojando en la iglesia bendiciones  
y llenando su huerto de hortalizas,  
le dijo que su pena era un pecado  
y, si la Providencia por soldado  
designaba a Cristóbal, bien sabría  
lo que al pobre infeliz le convenía.  
El también en sus tiempos ¡vive Roque!  
tomó al fusil el toque;  
en las filas formó del Pretendiente,  
cruzó por el atajo y por el cerro,  
tiró en las avanzadas, blandió el hierro  
y ¡Dios se lo perdone! mató gente.  
Y aun dijo que, en conciencia,  
creía que, en el cielo, Dios dispone  
que no entre quien no lleve una licencia  
con la nota: «*Valor: se le supone.*»

Un tío de Julián, perfecto tuno  
que hacía el bien al diez y seis por uno,  
al padre de Cristóbal, con afecto,  
propuso un plan perfecto:  
sobre tierras, aperos y ganados,  
daría bien contados  
unos doscientos duros, que él iría  
cobrándole puntual día por día;  
en volviendo el muchacho, era hacedero,  
siendo entre los gañanes el primero.  
¿Que hacer? En tan profunda  
angustia, resolver era preciso  
y, firmando el labriego el compromiso,  
Cristóbal fué soldado *de segunda*.

¡Diez meses! ¡Tiempo largo!  
Pero, en el trance amargo,  
confiaban los tristes labradores  
en que, cumplido el plazo, volvería  
su hijo a buscar el pan de cada día  
con penas y fatigas y sudores.  
Y así, cuando llegó la hora que espanta,  
con un beso, una lágrima y un duro,  
Cristóbal fué, de su valor seguro,  
a defender la Patria sacrosanta.

## II

¿A qué contar la historia  
de la ausencia terrible? ¿A que el ingrato  
cuento de las hazañas, si el relato  
se lo saben las madres de memoria?  
Allá, en tierra enemiga,  
hambre, miseria, humillación y muerte;  
aquí dolor, abatimiento inerte,  
sobresalto, inquietud, ruina y fatiga.

Y pasaron diez meses y fué en vano;  
la guerra proseguía. El inhumano  
usurero, cebándose en su presa,  
se incautaba de tierras y de aperos;  
y cuando, con sus gritos lastimeros,  
—¿Cuándo vuelve?— la madre preguntaba,  
en masa la increpaba  
el pueblo entero en su pasión herido;  
—¿No quiso ser de todos preferido?  
¿No buscó de una casta la bandera?  
Así lo habeis querido.  
¿Que a morir está expuesto? ¡Pues que muera!

—¡Soldado de fortuna!— le decía Julián mientras sus bienes recogía;  
—¿Dónde hay iniquidad más despreciable?  
Ley de equidad será, siempre inmutable,  
por cuyo cumplimiento a Dios suplico,  
que donde pena el pobre sufra el rico.

Y los otros, los libres, los menguados,  
los enfermos, los torpes, los lisiados,  
clamaban a su vez: —¡Dejar la guerra  
quien tiene privilegio! ¡Intento fútil!  
El rico, como el pobre, ha de ser útil  
si justicia ha de haber sobre la tierra.

Y así, de pena en pena y llanto en llanto,  
la miseria llegó; llegó el ultraje.  
Cristóbal, entre tanto,  
arrostraba la muerte con coraje  
y la muerte surgió, firme y segura.

En una noche lúgubre y oscura  
la nueva llegó al pueblo. Todavía  
se está escuchando el grito de agonía  
de la madre doliente; el alarido  
del padre.

Pero el pueblo convencido  
en su quimera continuó ginete  
y los pobres, con risa casi idiota,  
dijeron con desprecio: —¡Uno de cuota!  
y los ricos dijeron: —¡Bah! ¡un pobrete!



LA CIUDAD AMABLE



# LA CIUDAD AMABLE

(EN UNA SUELTA DE PÁJAROS)

Nel dolce tempo della prima etate...

*Petrarca.*

**E**n el nombre divino de Nuestro Padre Ensueño  
y del Señor San Éxtasis, de nuestras almas dueño;  
niños que amais las linfas de fuentes de cristal:  
oid a un viejecito, que fué tras de la gloria  
sin alcanzarla nunca, la peregrina historia  
de una ciudad de escarcha dormida en un rosal.

Tiene caladas torres de airosos capiteles  
y místicas campanas que llaman a los fieles  
alegres y jocundas al templo del amor  
y alcázares soberbios de bien talladas piedras  
por donde trepa el manto de las tupidas, hiedras  
y faros que deslumbran con vívido fulgor.

Sombrías alamedas, románticos jardines  
con ríos susurrantes que bañan sus confines  
y cielos que despliegan su primoroso tul  
y fuentes que murmuran y pájaros que cantan  
y flores que perfuman y almeces que levantan  
sus copas lujuriosas al firmamento azul.

Ciudad donde las penas jamás tuvieron nombre,  
que encierra maravillas que nunca soñó el hombre,  
y eclipsa en sus reflejos al más rico joyel;  
son de ágata sus puertas, sus muros de diamante,  
sus campos de esmeralda, su mar de luz brillante  
de pórvido sus átrios, sus arcos de laurel.

¿No recordais sus calles y su pensil bendito?  
¿No sentis al mentarla del trémolo infinito  
el temblador espasmo dentro del corazón?  
Todos quereis nombrarla con labios temblorosos;  
sabeis de sus palacios y conoceis sus cosos;  
esa ciudad es santa: se llama *la Ilusión*.

En sus recintos mágicos, risueños pobladores,  
de sus riquezas magnas sois dueños y señores;  
pero, cuando los años al fin pasando van,  
mirais como los vuestros se marchan uno a uno  
oyendo cabizbajos el grito inoportuno  
de otra ciudad sombría, de penas y de afan.

Todos os dejan tristes, con hondo desconsuelo.  
Mirando ante sus ojos terrible mar de hielo,  
dejaron de ser niños. ¡Que pena y que inquietud!  
¡Quien recobrar pudiera las muertas ilusiones,  
gozar vuestros solaces, cantar vuestras canciones!  
¡Quien conservar pudiera la eterna juventud!

Pero hay otros que nunca, jamás os abandonan;  
ya de cabellos blancos sus frentes se coronan  
y aún el perfume aspiran de la inmortal niñez;  
y aún siguen con vosotros en la ciudad de escarcha  
y acaso se preparan para emprender la marcha  
y andan algunos pasos... y vuelven otra vez.

Son niños perdurables por don de la fortuna  
que, absortos, en los cielos miran rodar la luna,  
conocen de las frondas la música ideal  
y entienden de misterios y saben de leyendas  
y al azulado ensueño tributan sus ofrendas  
y prenden sus estrofas en tallos de coral.

Miradlos encorvados: son vuestros compañeros  
que tiemblan ateridos, hollando los senderos  
porque marchais gozosos en juvenil vaivén  
y, al veros desgranando las risas como perlas,  
procuran cuidadosos en sartas recojerlas  
para ceñiros luego diademas en la sien.

¡Oh niños! Sed como ellos: guardando la fragancia de los primeros pétalos, pensad que vuestra infancia durar puede una vida de dicha y de bondad.

Amad todas las cosas ingenuas y rientes, abrid todas las jaulas, soltad todas las fuentes, dad a todos los seres consuelo y libertad.

Reid alegremente con inocencia sana.

No escudriñeis inquietos las brumas del mañana corred de las leyendas y del ensueño en pos.

Sed buenos ante todo; seguid nuestros consejos; hemos llorado mucho; por algo somos viejos; por algo en nuestros labios palpita ya un adiós.

Sean vuestros amigos la rosa que perfuma, el viento que acaricia, la niebla que se esfuma, el pájaro que canta, la aurora de esmeril.

No interrogueis los hondos misterios de las almas y sed como la brisa que pasa por las palmas dejando entre sus ramas su música gentil.

Y, en el divino nombre de Nuestro Padre Ensueño, y del Señor San Éxtasis, de vuestras almas dueño, a los niños que busquen las linfas de cristal, direis de viejecitos, cubiertos ya de gloria, con frases inspiradas, la peregrina historia, de una ciudad de escarcha, dormida en un rosal.

DE AUSENCIA



# DE AUSENCIA

A MI COMPAÑERA

**Q**ue obscuro está el cielo!  
¡Que menudo llueve!  
¡Que dormidas que pasan las aguas  
debajo del puente!  
¡Que solo está el campo!  
¡Que frio el ambiente!  
¡Que callados transcurren los días,  
llorando y sin verte!

De aquel árbol grande  
yo quiero las sombras  
porque es mi cariño, que tiende sus ramas  
cubiertas de gloria.

De esa zarza chica  
yo quiero los ramos;  
porque es tu cariño que, al darme sus flores,  
me hiere en las manos.

Mira tu que torre  
tan grande y altiva  
para irla llenando con todos los besos  
que te dí en mi vida.

Mira que capullo  
tan blanco y pequeño,  
para echar en su cáliz los pocos  
que tu me has devuelto.

No hay agravio chico;  
no hay pena pequeña;  
no hay dolor tan amargo en el mundo  
como el de la ausencia.

No hay gloria sin llanto;  
no hay vuelta sin gozo;  
no hay tristeza que no se deshaga  
fundida en tus ojos.

Aquellos jazmines  
marchitos los guardo  
para hacer con sus hojas registros  
de un santo breviario.

Las rosas aquellas  
las tengo escondidas,  
para hacer con sus rígidos tallos  
coronas de espinas.

Arriba, muy lejos,  
tras de las estrellas,  
van las almas de los que se mueren  
de pena de ausencia.

Y, frente a los cielos  
de puertas de plata,  
dicen todas, llorando afligidas;  
*Su cariño o nada.*

Dormir en el lecho,  
dormir en la tierra  
¿que más da si en el alma hay la sávia  
que nunca se seca?

La muerte es tan solo  
dejar la luz cierta;  
cuando toda esperanza se pierde  
se muere de veras.

Vibró la campana  
su toque postrero  
y lloraba la pena infinita  
de hallarte tan lejos.

Pasó un pajarillo  
junto a mi ventana  
y llevaba el dolor de no verte,  
temblando en las alas.

Declina la tarde.

¡Que largo es el día!

¡Que despacio caminan las sombras  
montañas arriba!

¡Que triste está el cielo;  
que pálido y pobre!

¡cuanto tarda en salir esa estrella  
que lleva tu nombre!

¡Ay noche bendita:  
mis párpados cierra!  
Haz que cese unas horas la angustia  
que así me atormenta.

Prolonga mi sueño;  
sostenme en tinieblas  
hasta que ella, con voz argentina  
me diga: ¡Despierta!

A las altas horas,  
cuando estoy soñando,  
te adelantas, flotante el cabello  
y un dedo en los labios.

Me besas la frente;  
de nuevo te marchas  
y despierto febril, con los ojos  
cubiertos de lágrimas.

No puede ser justo,  
no puede ser cierto  
que algún día tengamos que darnos  
el adios eterno.

Pero, si así fuera,  
por mandato horrendo,  
no tendrán las flores su intenso perfume;  
no hallarán las aguas sus cauces risueños  
y, como alarido  
de dolor inmenso,  
quedará por siempre, como una amenaza,  
mi airada protesta vibrante en los cielos.





## EL BREVIARIO



## EL BREVIARIO

A mis compañeros de la justamente  
frustrada «Academia de la Poesía».

**D**e la vieja ciudad prócer por las calles solitarias,  
cuando el alba va extinguiendo las celestes luminarias  
con el pálido reflejo de sus blancos esmeriles  
y sus ráfagas sutiles  
estremecen junto al río  
de los olmos seculares los ramajes friolentos;  
cuando de las imafrontes en el pórtico sombrío  
muestran ya las esculturas sus semblantes macilentos;  
mientras vuelan las palomas sobre el ábside redondo,  
escuchando de la torre las campanas temblorosas,  
que a los montes escarpados y del valle a lo más hondo  
mandan lentas el conjuro del misterio de las cosas,  
despacito marcha Juana,  
apoyándose en la curva de su báculo de anciana,  
con su manto y su breviario,  
a su mano sarmentosa dando vueltas el rosario,

a rezar, grave y contrita, sus plegarias balbucientes  
ante el ara inmaculada de la Reina de los cielos  
y a pensar en otra vida de horizontes más rientes,  
donde vuelven los amores y se encuentra a los ausentes  
y las penas se concluyen y se acaban los desvelos.

¡Oh mañana perfumada! Huele a juncias y ramajes  
y a pan tierno y a rebaño que camina hacia el otero  
y en el huerto de las monjas huele a acacias y a follajes  
y en la cuesta de las cruces a jazmines y a romero.  
Tierra madre que condensa nueva vida en sus entrañas,  
vaso eterno que al espacio se levanta envuelto en bruma  
y que guarda en su sagrario las esencias más extrañas  
y que todo cuanto surge lo embellece y lo perfuma.

Juana siente el llamamiento  
de lo Magno que se extiende más allá del firmamento  
y camina presurosa por la calle a media sombra,  
por las piedras seculares donde el musgo hace su alfombra,  
y, a la par que reza y gime,  
comenzando ya los ritos que son todos sus deberes,  
con el báculo hace el ritmo de esa música sublime  
cuyas notas misteriosas solo saben las mujeres.

Templo augusto de fachada por los siglos carcomida:  
¡Cuanta grey adolorida,  
implorándote consuelo no ha pisado tus umbrales!

Tus capillas sepulcrales  
donde próceres adustos duermen sueño de granito,  
tus polícromos vitrales  
que fundieron los artistas al calor de lo infinito  
¡cuántas quejas no escucharon; qué de frases punzadoras!  
¡Qué de lágrimas no vieron; qué de místicas querellas!  
¡Cómo en tus hendidas losas sin cesar dejaron huellas  
las pisadas vacilantes de las plantas pecadoras!  
¡Cómo en tu recinto inmenso  
se elevaron las plegarias con el humo del incienso!  
Y, aun a veces, torpe el labio,  
ante el ara sacrosanta formuló la rebeldía  
y en tus naves no hay un fuste que no sepa una agonía  
ni hay imagen sin blasfemia, ni moldura sin agravio.

Allí Juana embelesada ve pasar horas enteras.  
¡Ay! Allí solo es dichosa; solo allí son verdaderas  
las promesas de ventura; solo allí surge el olvido.  
Todo, todo lo ha perdido;  
todo Dios se lo ha quitado y ya solo en Dios confía.  
¿Dónde están aquellos séres que eran toda su alegría?  
¿Dónde el compañero amante que cubrió piadosa tierra?  
¿Dónde el hijo que en la guerra  
cayó al plomo de las balas exclamando: —*¡Madre mía!?*  
Y por ellos halla fuerzas al pasar tantos desvelos  
y por ellos a la Virgen reza interminables horas.

Si en la gloria no ha de verlos ¿para qué nuevas auroras?  
Si en la muerte todo acaba ¿para qué Dios en los cielos?

Cuando acaba su rosario,  
pasa su fervor devoto por las hojas del breviario.  
Es un libro muy usado, de cubierta en pergamino  
que sin duda es obra magna de algún místico divino.  
Desde luego, ingenuamente por su gloria al Señor ruega  
y adivina sus sentencias llenas de inmortal fragancia.  
Para ella ¡ay! es un enigma, porque se halla medio ciega  
y además está en idioma que no entiende su ignorancia.  
Pero con sus flacos dedos con deleite lo acaricia;  
es para ella una reliquia de valor grande y seguro  
y, en sus místicos trasportes, lo contempla con delicia  
y lo guarda con cariño, como a un guía noble y puro.  
Nunca olvida el forastero que, aceptando su hospedaje,  
en sus manos reverentes se lo puso como gaje.  
¡Oh sangrienta y necia burla de un espíritu rastrero!  
*Servo arbitrio*, en letras rojas está escrito en la portada.  
¿A decirle quien se atreve, pobre anciana atribulada,  
que el breviario de oraciones es un libro de Lutero?

¡Pobre Juana! Aniquilada melancólica suspira  
y a la santa Virgen mira  
como al único consuelo de los tristes pecadores.

¿Quién será el que la conteste, despreciando sus dolores  
al matar sus esperanzas: «Esa virgen es mentira?»

¿Quién dirá sin menoscabo  
del honor y sin enojo del Poder Omnipotente,  
«Ese libro que contemplas te revela claramente  
en sus párrafos oscuros que tu espíritu es esclavo?»  
¡Oh! Que su ignorancia siga;  
que perciba en los altares el fulgor de la esperanza;  
que conserve hasta la muerte su benéfica ignorancia;  
porque es santa la ignorancia, cuando no hay mejor amiga.

¡Cuan felices los humanos  
que no pierden la esperanza ni en los grandes desconsuelos  
y con sus ensueños abren los postigos de los cielos  
y se duermen ignorantes con un libro entre las manos!  
Aun más tristes que esos tristes las pasiones nos maltratan  
y, buscando de los libros las verdades prodigiosas,  
caminamos anhelantes tras las ciencias de las cosas,  
nos mafamos por saberlas y, en sabiéndolas, nos matan.





SOMBRAS



## SOMBRAS

**O**h quien pudiera, madre, a las serenas  
horas volver de los risueños días  
en que eran para mí tus alegrías  
y para tí lo amargo de mis penas!

En estas, de dolor y luto llenas,  
como ninguna tristes y sombrías,  
¡quien pudiera enmendar las culpas mías  
y disipar odiosas las ajenas!

Todo es inútil ya: la muerte encierra  
tu nombre en el olvido y denso velo  
en mi frente cayó que luz no alcanza

y así voy caminando por la tierra  
con un escepticismo sin consuelo  
y un profundo dolor sin esperanza.





# Biblioteca Filosófica Económica

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

## ANTONIO ZOZAYA

..... MAGDALENA, 9, 2.º .....

75 céntimos volumen en Madrid y provincias

### OBRAS PUBLICADAS

- 1 *Platón*.-Diálogos socráticos.
- 2 *Descartes*.-Discurso del Método.
- 3 *Kant*.-Metafísica de las costumbres.
- 4 *Schelling*.-El principio divino.
- 5 *Leibnitz*.-La Monadología (opúsculos).
- 6, 7 y 8 *Spinoza*.-Tratado teológico-político.
- 9 *Sanz del Río*.-El idealismo absoluto.
- 10 *Rousseau*.-El contrato social.
- 11 *Lamennais*.-Obras escogidas.
- 12 y 13 *Santo Tomás*.-Teodicea.
- 14 *Epicteto*.-Máximas.
- 15 *Ritchter*.-Teorías estéticas.
- 16 *Pascal*.-Pensamientos.
- 17 *Fenelón*.-El ente infinito.
- 18 y 19 *Platón*.-Diálogos polémicos.
- 20 *Cicerón*.-De la República.
- 21 *Marco Aurelio*.-Los doce libros.
- 22 *Descartes*.-Meditaciones metafísicas.
- 23 y 24 *Aristóteles*.-Política.
- 25 *Kempis*.-Imitación de Cristo.
- 26 *Giner*.-Estudios sobre educación.
- 27 *Luis Vives*.-Introducción a la Sabiduría.
- 28 y 29 *Kant*.-Crítica de la razón práctica.
- 30, 31 y 32 *Comte*.-Catecismo positivista.
- 33 *Maquiavelo*.-El príncipe.
- 34 *Condillac*.-Lógica.

- 35 *Diderot*.-Obras filosóficas.  
 36, 37 y 38 *Fichte*.-Doctrina de la ciencia.  
 39 *Hartmann*.-Religión del porvenir.  
 40 *San Jerónimo*.-Epístolas.  
 41 *G. Serrano*.-Crítica y filosofía.  
 42, 43 y 44 *Malebranche*.-Conversaciones sobre Metafísica.  
 45 *Spencer*.-Clasificación de las ciencias.  
 46 *Haeckel*.-Psicología celular.  
 47 y 48 *Schopenhauer*.-Parerga y Paralipomena.  
 49 y 50 *Delboeuf*.-La materia bruta y la materia viva.  
 51 y 52 *B. Constant*.-Política.  
 53 *Stuart Mill*.-El utilitarismo.  
 54 *San Agustín*.-Meditaciones.  
 55 *Azcárate*.-La República Norteamericana.  
 56 *Lubbock*.-La dicha de vivir.  
 57 *Posada*.-El parlamentarismo.  
 58 *Séneca*.-Tres libros filosóficos  
 59, 60 y 61 *Bacon*.-Novum Organum.  
 62, 63, 64 y 65 *Hegel*.-Lógica.  
 66 *Voltaire*.-Cándido o el optimismo.  
 67 *A. Zozaya*.-La Contradicción política.  
 68 *D'Alembert*.-Destrucción de los jesuitas.  
 69 *A. Zozaya*. La crisis religiosa.  
 70 y 71 *Krause*.-Ideal de la Humanidad.  
 72 *Hipócrates*.-Aforismos y pronósticos.  
 73 *Confucio*.-Los grandes libros.  
 74 *Chamfort*.-Caracteres y anécdotas  
 75 *Volney*.-Las ruinas de Palmira.

Las traducciones son *íntegras*, y en su mayor parte directas.

.....

A los señores libreros se les hace descuento de 30 por 100.  
 No se sirve ni contesta a ningún pedido a que no se acompañe su importe neto en metálico o libranza, más 25 céntimos para el certificado.

#### COLECCIONES ENCUADERNADAS

En tela. . . . .	78,85
En pasta española. . . . .	86,25

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE MONTERO  
EL DÍA 26 DE MAYO  
DE MCMXIV.

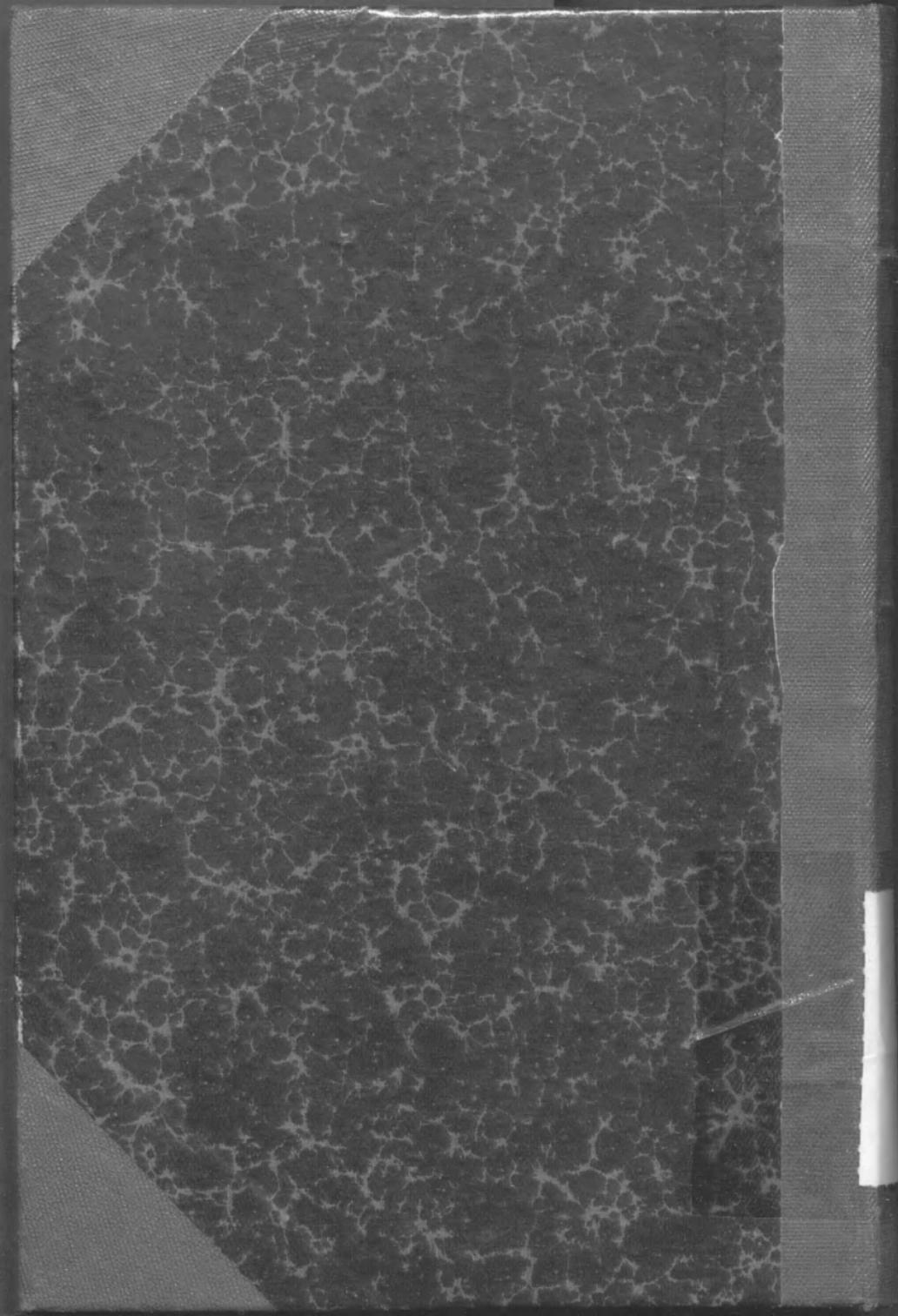












**G 30897**

**1**

1910

1910